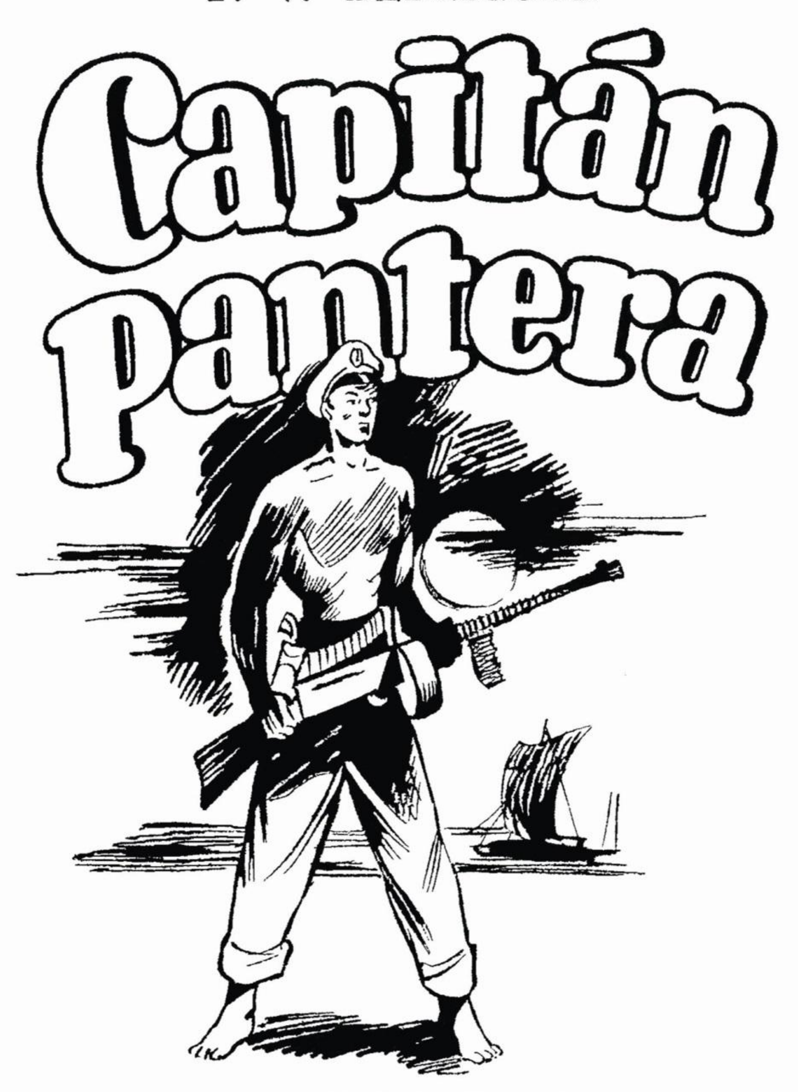


3 PTAS

TERROR EN EL JAI-ALAI

P. V. DEBRIGODE



PUBLICACIONES LUX
MADRID - BARCELONA - BUENOS AIRES

ES PROPIEDAD

SIMPAR, S.A. – Provenza, 330 – Barcelona



Por P. V. DEBRIGODE

CAPÍTULO PRIMERO

SINCERIDADES EXPLOSIVAS

El avión despegó con suave deslizamiento y fué elevándose poco a poco sobre el campo de la «A. P. L. O.» hasta remontarse por encima de los prados circundantes.

Era el avión especial pedido por el multimillonario John Market y en el que éste acompañado de su hermana y de las dos estrellas cinematográficas, regresaban a San Francisco.

El hombre que había estado oculto tras una empalizada cercana al lugar donde los pasajeros que ahora surcaban los aires habían subido al avión, salió de su escondite y quedóse contemplando el cielo azul.

Apoyó ambos puños en las caderas tras echarse la gorra de marino mercante hacia atrás, y un mechón de cabellos pelirrojos revoloteó sobre su frente impulsado por la fresca brisa de aquel atardecer.

El avión dirigíase rectamente hacia lo alto como si pretendiera cual blanca saeta audaz, perforar el disco del sol que coronaba una cima de la franja costera.

El espectador crispó las mandíbulas, y poco después murmuraba:

—Eres estúpido, Ross… Si viniste, debiste despedirte de ella, y no comportarte como un colegial.

El campo estaba desierto, y Ross Maloney cuando oyó crujir la grava bajo el peso de unos zapatos que se aproximaban, continuó absorto en su contemplación del punto blanco que había ya sobrepasado el litoral y volaba por encima del mar.

—Es uno de mis espectáculos favoritos —habló cerca del joven marino

una voz de registro grave—. Comprendo que es un pequeño vicio deprimente porque produce cierta nostalgia presenciar la partida de otros seres de nuestra raza hacia tierras mejores.

Ross Maloney miró de soslayo al que hablaba. Apenas había oído la primera frase, reconoció inmediatamente quién era su interlocutor.

Malcolm Tresham vestía un impecable *smoking*, inadecuado a las seis de la tarde. Su rostro achatado, de socrática fealdad, distendido sardónicamente en eterna sonrisa por la cicatriz que cruzaba su párpado y pómulo izquierdo, aumentaba aun más su aspecto patibulario.

Rapado completamente, su cráneo sin cabello contribuía aun más a exagerar la inmensa fealdad de su rostro.

Ross Maloney sin la menor amabilidad, masculló:

—Con lo grande que es Shangai, y me ha tocado la desgracia de que estuviera usted rondando por aquí.

—Alguna que otra vez acudo a presenciar cómo estos pájaros metálicos se alejan hacia el azul, abandonando esta tierra pestífera. Innegablemente reconforta el ánimo suponer que algún día también yo seré pasajero en uno de esos vehículos. Naturalmente, tengo que admitir con sinceridad que nadie vendrá románticamente a despedirme… porque reconozco también que no he logrado nunca inspirar anhelos románticos…

Ross Maloney enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—Oiga, inglés. ¿Por qué no se larga por ahí? No estoy muy dispuesto a saborear sus humorismos que me crispan los nervios.

Malcolm Tresham demostró que su impasibilidad no era fingida. Continuó mirando hacia lo alto, al lado de Ross Maloney, y siguió hablando monótonamente:

—No pretendo lucir mi aticismo. Me limito a constatar hechos. A veces ejercito mi cerebro para que no se enmohezca, y me dedico a estudios psicológicos. Observé a las pasajeras. He descartado a Leila Market, la hermana del Creso, porque es de esas bellezas imperativas, acostumbradas a que les rindan pleitesía y usted no pudo enamorarse de ella.

—Si sigue por este camino, Tresham, comprobará que esto es un campo de aterrizaje…

—No se ofusque, mi joven amigo. Dicen que hacer confidencias a un amigo, calma la desazón.

Ross Maloney abandonó su contemplación del horizonte y brazos en jarras se encaró con Malcolm Tresham, que continuó inmóvil mirando hacia lo lejos.

—¿De cuándo acá somos amigos usted y yo, so asesino? Ni en trance de muerte sería yo amigo de un perfecto canalla como usted.

—No he dicho que usted fuera amigo mío, sino que yo siento por usted una cierta afición extraña. No es precisamente amistad, sino algo parecido seguramente a lo que experimenta un caimán cuando contempla a un robusto e inexperto búfalo.

—Escuche, Tresham. Cuando le conocí, varias veces sentí deseos de romperle la boca. No lo hice porque usted me salvó la vida. Pero lo he olvidado, y en cambio recuerdo la frialdad con que asesinó a una mujer.

Malcolm Tresham como si no hubiera oído las frases amenazadoras del marino americano, entornó los párpados para decir gravemente:

—Descarté también a la «star» Vera Drums. Es el prototipo de mujer histérica, descentrada, que sólo piensa en amasar oro, y que tiene la convicción de que el mundo gira alrededor de un eje que es ella. En cambio, yo que me burlo de todo, empezando por mí mismo, no siento el menor deseo de ironizar al recordar la plástica simbolización que es Patsy Brend, de la verdad que contiene en muy contados casos la frase de los manuales escolares que afirma que el hogar y un amor compartido, son la recompensa del hombre virtuoso. No me mire con ojos de berbiquí, Ross Maloney. Por raro sentimentalismo, yo mismo estoy rindiendo tributo a Patsy Brend… y a usted le llamo idiota. Usted es un asno estúpido, Ross Maloney.

—Aclare —dijo Maloney mordiendo la palabra, que silbó por entre sus dientes crispados.

—Usted es un grandísimo imbécil, mi joven amigo. Ella le quiere, usted la quiere, y en vez de sentirse capitán Pantera, y saltar a la pasarela cuando ella se dispone a subir, y arrancarla de su vida de estrella para hacerla su esposa, usted, comete un acto vergonzoso. Se oculta, y la ve partir, sin impedirlo. ¿No se dió cuenta cómo ella fué la última en subir? ¿No vió cómo parecía aguardar algo? ¿No se dió cuenta de su encogimiento de hombros al entrar en la carlinga en el último instante, cuando ya se impacientaban los otros? Era una pequeña sacudida de hombros, que a otro hombre que no fuera yo, le hubiera producido intensa pena. Era un gesto de resignación, con matices de fatalismo y de renuncia a una felicidad que apareció en los mares de China… y que se ha esfumado lejos, invisible ya… porque el avión está fuera de nuestra vista.

Ross Maloney arrugó la frente en esfuerzo meditativo. Pero no le gustaba perder tiempo en reflexionar…

—¿Cómo diablos pudo usted haber adivinado?… ¡Cáscaras! ¡Usted me exaspera!

—Podría ahora presumir de psicólogo y lector de rostros y actitudes. Pero estamos a solas los dos, y poseemos la suficiente confianza mutua para emplear sinceridades en usted explosivas, en mí más almibaradas. En el bar «Batik» allí donde un día conocí a Sandra Vronin…

—…la mujer que usted asesinó…

—Eso es, la mujer que yo asesiné… Pero haga el favor de no interrumpirme citando hechos sin importancia… Como decía, en el «Batik» entraron los Market y las dos estrellas. Ya la prensa había armado mucho revuelo acerca del salvamento de los náufragos del «Safo»; salvamento efectuado por un joven marino pelirrojo… Me interesó entrar en contacto con los náufragos rescatados… Por lo que sea, Patsy Brend cuando supo que yo

tenía la desdicha de conocerle a usted, adquirió mucha confianza conmigo. Era enternecedor verla cómo, sin el menor afectamiento, murmuraba candorosamente la palabra con la que usted le gratificó al parecer. Una palabra acertada, Ross Maloney: «Manzanita»…

—Último aviso, Tresham. Otra cita de esas y le rompo su dura faz de cínico asesino canalla.

—Creo que le indiqué ya que para mí Patsy Brend está por encima de toda burla. No hago esta declaración para soslayar sus amables insinuaciones de estropearme el físico, porque da la casualidad que varias veces he pensado que si alguien podía romperme el físico, quizá contribuiría a mejorármelo, con lo que saldría ganancioso. Cuando hace dos horas, en el «Batik» vi por última vez a Patsy Brend que había venido sola con la esperanza de encontrarle a usted, intenté consolarla. Hice mis posibles para convencerla de que ella valía demasiado para un tipo como usted. Aducí razones convincentes, señalando que el color de sus cabellos rojos era indicio de temperamento inquieto y luchador. Añadí que usted era un aventurero sin raíces ni arraigo… En fin, le quise demostrar a ella que usted era todo lo contrario a lo que ella se merecía… Pero, siguió ella firme en su decisión, fijando una mirada ansiosa en la puerta de entrada, pensando que por ella aparecería usted. Y cuando se fué, perdida la esperanza y me estrechó la mano, húmedos los ojos, le maldije, Ross Maloney. Tuve que beberme cinco *whiskeys* seguidos… ¡Condenado se vea, asno estúpido! Tuvo lo que le hace falta: una esposa ideal al alcance de una palabra… y la deja marchar.

Ross Maloney cerró los puños, dando media vuelta.

—No pude… Ella era demasiado buena. Y era rica…

—Doblemente estúpido. Mujer buena, bonita… y barata de mantener… ¡Y la deja marchar! Prefiere continuar navegando a bandazos por esta tierra donde tarde o temprano le excavarán rápidamente un hoyo…

Ross Maloney andaba ya en dirección a la cercana ciudad. Junto a él, Malcolm Tresham, elásticamente acompasaba su paso a la larga zancada desgarbada del pelirrojo marinero.

—Es curioso —rezongó Maloney—. Todo Shangai le desprecia, inglés. Sé que tiene muy bien merecido su apodo del «perfecto canalla»… Sé que usted es un asesino a sueldo. Sé que mató porque le pagaron para hacerlo, unos apestosos amarillos. Mató usted a súbditos británicos… Mató usted a una mujer… Y como ya en otra ocasión me pasó, siento algo extraño… Algo que me impide pegarle una paliza y reducirle a papilla.

—No se me ponga sentimental, mi joven amigo. Lo aborrezco…

—…y no tiene ahora a mano cinco *whiskeys*… Quizá por lo que antes dijo de Patsy Brend… es por lo que ahora no le aparto de mi lado a puntapiés… Y a propósito, ya que se ha entrometido en lo que no le importa, y me veo forzado a soportarle, dígame, ¿dónde podría adquirir un fusil ametrallador, una ametralladora, dos pistolas *Colt*, y un «stock» de buena dinamita?

—Shangai es una urbe de cosmopolitismo, en que todo se vende y se compra, empezando por las conciencias. Pero las armas es un contrabando muy perseguido por mis paisanos. Naturalmente, si me escarbo un poco las meninges quizá pueda recordar dónde hay un cantonés que sabe esconder ingeniosamente sus reservas en mercancía explosiva.

—Le daré una comisión.

—¿Cuánto?

Sacó Maloney de su bolsillo del pantalón un rollo de billetes de banco.

—Prefiero dársela por anticipado, antes de que me sablee o lo haga al camarero del «Batik» ¿Valen cien dolares?

Malcolm Tresham, agente número 29 del Intelligence Service, cogió el billete de cien que colocó en el bolsillo superior de su *smoking*, junto al blanco pañuelo.

—¿Le han ido bien los negocios? —preguntó indiferente.

—Allí sí que fui un asno estúpido. Tuve cien mil dolares en la palma, y me quedé tan sólo con treinta mil, de los que aun gasté dos papiros grandes en comprarle gemelos de oro macizo y brillante a John Market.

—Me lo contó Patsy Brend. Llevaba colgando del cuello un ópalo magnífico. Un ópalo que oía insensible los latidos de su corazón… A propósito, ¿qué le ocurrió a usted aquí?

Señaló Tresham el lóbulo de la oreja izquierda de Maloney, donde un esparadrapo envolvía la reciente herida, reproducida al extirparse el americano el ópalo que había enviado a Patsy Brend.

—No le importa.

Entraban ambos hombres en la Brooding Avenue, la amplia arteria comercial de Shangai.

—¿Le apetece un jugo de naranjas en el «Batik»? —propuso Tresham.

—No —dijo secamente Maloney enrojeciendo. Iba a callarse el motivo de su negativa, pero obedeció al impulso de su habitual sinceridad. Se detuvo mirando al inglés que le contempló con su eterna sonrisa sarcástica—: Usted desconoce lo que es la vergüenza, Tresham. Pero yo la siento por usted, cuando veo que todos sus compatriotas le rehúyen como a un bicho apestado, y se largan del «Batik» apenas entra usted.

—¡Oh!, bien… Es que ellos son caballeros… y yo no, así como tampoco usted es un caballero… Quizá será por eso que me encuentro a gusto en su compañía, Maloney.

Ross Maloney rió sin ganas, casi con cansancio, como el lebrel que prefiere levantar el belfo y no morder al perrillo que le hostiga.

El sol se había ya ocultado. Algunos letreros se encendían… y las luminosas pancartas de anuncios moteaban de varios colores el crepúsculo naciente.

—Usted tiene cien dolares míos. Debo pues continuar en su compañía, Tresham. ¿Dónde están el cantonés y sus armas?

—Eso será visible hasta la medianoche. Mientras… ¿qué piensa usted

hacer?

—Tengo grandes deseos de perderle de vista, pero si me voy, se irá usted a beberse mis cien dolares y luego tendré que recorrer toda la ciudad para echarle el guante encima. ¿No hay por ahí algún espectáculo? Podemos luego cenar juntos si usted se paga su cena.

—Tan amable invitación no puede rechazarse. Ahí hay un espectáculo entretenido y que para usted resultará una novedad.

Señaló Tresham un letrero luminoso, que ante un gran edificio de extraña arquitectura que nada tenía de oriental rezaba:

«JAI-ALAI»

—¿Qué es eso? —inquirió Maloney—. ¿Un comedor japonés?

—Es un espectáculo español. De una región vasca. Dinámico y curioso. Puede uno entrar dispuesto a dos cosas; ser mero y pasivo espectador, o apostar a favor de uno de los bandos contendientes.

—¿Lucha libre?

—No. Son muchachas españolas, algunas de ellas muy atractivas. Juegan con una raqueta de tenis de cordaje duro, y con pelota especial. Resulta interesante… y a mí me lo resultó aun más, a partir de ciertos sucesos misteriosos. Como usted no ignora, yo aborrezco el trabajar. Pero a veces me tomo la molestia de leer novelas policíacas. Y si se me presenta la ocasión de olfatear un problema policiaco a lo vivo, me dedico a estudiarlo… y hay en ese frontón «Jai-Alai» una ola de terror… ¡Al suelo!… ¡Rápido!

El empujón que Tresham propinó a Maloney derribó a éste en el suelo. Ambos cayeron juntos, mientras en la amplia acera, una lluvia de esquirlas de piedra rebotaba contra el empedrado…

Un automóvil oscuro alejábase ya a toda velocidad, virando con agudo chirrido de sus neumáticos traseros…

De él habían partido las dos ráfagas de balas, que barrieron el aire a media altura, donde instantes antes estaban los cuerpos de Ross Maloney y Malcolm Tresham.

Levantóse Maloney sacudiéndose el pantalón azul…

—¡Cáscaras!… ¿Eso qué ha sido?

—Calibre 45. Pistolas-ametralladoras —dijo Tresham lacónicamente.

—¡De eso ya me di cuenta! —vociferó Maloney exasperado—. Pero… ¿contra quién de los dos iba la broma?

Dos policías indígenas acercábanse corriendo. Miraron recelosamente al alto marinero pelirrojo y al sujeto vestido de *smoking* y ostentando una perenne sonrisa diabólica.

Formóse un círculo de curiosos alrededor de los dos hombres. Uno de los policías, tocando el borde de su casco, preguntó:

—¿Qué ha sucedido, señores?

—Dispararon —replicó Tresham—. Pero no contra nosotros, sino contra

alguien que echó a correr, y se marchó en una moto hacia la Riverside.

Los dos policías dirigiéronse corriendo hacia la avenida señalada por el inglés. Disgregáronse los curiosos, uno de los cuales comentó a modo de despedida:

—Tuvieron suerte de que no les alcanzara algún plomo…

Ross Maloney, ya pasada la impresión, rezongó al quedarse solo con Malcolm Tresham:

—Yo no vi a nadie correr hacia una moto.

—Yo tampoco —declaró Tresham—. Inventé a un desconocido, porque no me gusta verme mezclado en interrogatorios policíacos.

—Usted vió que nos iban a zumbar… Por lo tanto, usted esperaba una agresión.

—Siempre vivo esperando agresiones, mi joven amigo. Tuve tiempo mientras le hablaba del frontón «Jai-Alai", de ver el coche acercarse, y los dos tipos que en su interior iban inclinados me dieron una sensación poco tranquilizadora. Por eso le derribé, y celebro haber acertado.

—Veamos. ¿Contra quién iban los fuegos de artificio?

—Ambos vivimos algo peligrosamente, Ross Maloney. Por lo tanto, no nos echemos en cara ninguna responsabilidad. Tanto puede ser que usted sea el señuelo, y su compañía me resulte peligrosa, como que el señuelo sea yo y usted esté en peligro yendo conmigo. ¿Le preocupa poner mi vida en peligro?

—Absolutamente nada, Tresham. Casi me consolaría la idea de morir, si usted me acompaña en el viaje.

—Quedo tranquilo entonces, ya que compartimos la misma opinión mutua. Podemos ahora entretenernos un poco aquí.

Y el inglés penetró en el vestíbulo, sobre el que colgaba la pancarta luminosa anunciando «JAI-ALAI».

Entraron ambos en un ascensor, y cuando éste se detuvo, abrió Tresham la puerta. Mientras recorrían el corto trecho que les separaba de una gran puerta de cristales tras la que se oía una confusa gritería, Tresham murmuró:

—Creo que los recientes balazos guardan estrecha relación con el hecho de que yo visite este frontón.

—¿Eh? —exclamó alarmado Maloney.

Pero ya Malcolm Tresham empujaba la puerta de cristales, y la ruidosa algarabía de los «corredores» cantando las apuestas, el monótono repicar de la pelota contra las verdes paredes, y la agilidad de las muchachas vestidas de blanco, formaron un ambiente nuevo y desconocido para el joven marino, que por vez primera conocía el deporte vasco, importado desde España a la lejana tierra asiática.

CAPÍTULO II

Maquinalmente, el americano siguió a su acompañante hasta encontrarse sentado en un palco. Ante él se extendían hileras de sillas ocupadas por espectadores de varias razas y atuendos…

Más allá y formando una especie de barrera humana, que daba frente al público y volvía la espalda a las jugadoras, varios hombres vestidos con blanca chaqueta y cubierto el cráneo con rojas boinas, gesticulaban y vociferaban animadamente…

De vez en cuando apuntaban algo rápidamente en un «block»» y arrancando el papel en el que acababan de escribir, lo introducían en una pelota oscura, abierta por lo alto…

Lanzaban a sitios distintos aquellas extrañas pelotas, y reanudaban su vocerío y sus gestos…

Tres paredes verdes enmarcaban a cuatro muchachas vestidas de blanco, que raqueta en mano, impulsaban una pequeña pelota blanca con ágiles ademanes de los que no estaba excluido el vigor nervioso…

Malcolm Tresham, reclinado en su silla, conservaba los párpados entrecerrados… Ross Maloney, absorto, contemplaba a las cuatro jóvenes…

—Es un tenis sin red y más peliagudo —comentó al cabo de unos instantes—. Si le zumban con esta bola a una de ellas, le cascan la cabeza.

Malcolm Tresham tendió una hoja impresa en la que se leían nombres escritos en rojo y azul. Al coger Maloney el folleto-programa, Malcolm Tresham apoyó el índice en un lugar determinado.

—Las anunciadas son las que están ahora jugando. Y una de ellas va a morir pronto… Me lo temo.

Ross Maloney con dificultad deletreó en voz alta:

«Tercer partido. A raqueta.
A 30 tantos.

Pepi - Maruchi
contra
Zarzalinda - Teresita.»

—Las anunciadas en letra azul son Pepi y Zarzalinda, las dos que rodean sus cinturas con una tela de este color.

—No es un combate leal y deportivo —dijo Maloney convencido—. Hay desigualdad en los pesos. La que está atrás y tiene cinturón colorado, pesa el doble que cada una de las otras.

—Eso no es «catch-as-catch-can», mi joven amigo. La zaguera a la que usted alude, Teresita es su nombre, un bello diminutivo, es como usted: engaña. Posee una anatomía redondeada, tan abundosa como magra es la de usted. Y ambos engañan, porque usted, pareciendo un indolente y flaco

jovenzuelo, tiene músculos de cargador. Y ella posee una agilidad impropia en un peso pesado. Pero en este deporte lo que cuenta es la agilidad y la colocación.

Abatió Tresham de pronto la mano y a su gesto no tardó en contestar uno de los hombres vestidos de chaqueta blanca enviándole una pelota que Tresham cogió al vuelo, hurgando en ella, extrayendo un papel y tirando de nuevo la pelota, que el «corredor» recogió con idéntica habilidad.

—¡Valiente lío! —gruñó Maloney—. Eso es una casa donde se reúnen una manada de locos chillones, en la que el primer loco es usted. ¿Por qué dijo que se temía que una de las muchachas que están jugando moriría pronto? ¿Y qué diantre es este papel que le acaban de tirar metido en una pelota?

—Me he apostado sus cien dolares a favor de la pareja colorada. Y en este papel hay el comprobante. Un número escrito que atestigua que si ganan las fajadas de rojo, cobro cien dolares, y si pierden, los pago.

La delantera fajada de rojo, una morena de espléndida melena y rostro amuñecado, cayó al suelo tras devolver una pelota que iba muy arrimada a la pared.

Malcolm Tresham aplaudió entrechocando los índices en mudo contacto.

—Un tanto magnífico, Maloney. Tengo más probabilidades de cobrar.

—No entiendo una gorda de este asunto. Primero los disparos… luego usted que dice… en fin, cuando recupere la razón, avíseme.

—Observe aquel marcador colocado allá a la derecha. Hay un número grande que dice treinta. Son los tantos de duración del partido. Observe que debajo de este número fijo hay otros dos que van variando según las incidencias del juego. Por ahora las coloradas, mis favoritas, tienen veintitrés, tantos, y las azules, veintidós. Llevo uno de ventaja.

—¿Usted lleva uno de ventaja? ¡Cáscaras! ¿No son ellas las que juegan?

—Pero yo soy uno de los que se apuestan el dinero, mi joven amigo.

—Renuncio a comprender. Nunca he pretendido ser un chico listo.

Guardaron ambos silencio, hasta que un griterío repentino alarmó a Maloney, que miró a su alrededor.

—Han igualado a veintinueve —dijo el inglés—. Debería cubrirme, pero no lo hago. ¿Dónde estaría entonces la emoción de perder cien dolares?

Público y «corredores» parecían insultarse con gestos airados, alzando las manos abiertas, algunas de las cuales ostentaban dedos doblados y otros enhiestos.

—¿Para qué servirán las camisas de fuerza? —musitó Maloney en voz baja.

Reanudaron las cuatro jugadoras el peloteo, seguido en silencio por el público. El marcador, al irse ellas, señaló un número treinta azul.

Malcolm Tresham cogió la pelota que le acababan de lanzar, introdujo en ella el billete de cien dolares que poco antes habíale dado Maloney y arrojó la pelota a uno de los «corredores».

—Soy poco inteligente —sonrió Maloney—. Pero apuesto triple contra

sencillo a que acaba usted de perder cien dolares. En un soplo…

—El mismo soplo que a otro le ha hecho ganar mis cien. Avatares del juego, mi joven amigo. Felizmente, hace tiempo que llegué a la conclusión de que aquí no vale excitarse. Se entra dispuesto a perder y así, cuando se gana, se recibe una grata sorpresa. ¿Ve usted aquel individuo?

Siguió Maloney la dirección que le señalaba Tresham y vió a un sujeto corpulento, de estrecha frente, que manoteaba ágilmente, prorrumpiendo en guturales gritos extraños.

—Es una víctima de las emociones —dijo Tresham—. Perdía siempre y se había acostumbrado a ello. Pero un día ganó y de la sorpresa se quedó mudo.

En la cancha entraban ahora seis jugadoras, llevando cada una colgado del pecho un número.

—¿Tres contra tres ahora? —preguntó Maloney.

—No. Una contra una, por turno numérico. El uno contra el dos, y la que gane contra el tres y así sucesivamente. La llaman «quiniela». Un juego sencillísimo. Apuéstese dos dolares. Bastará con que acierte el número que va a ganar y el número que después de la ganadora haga más tantos. Sencillísimo. Sesenta probabilidades contra una de acertar.

—Antes había una probabilidad contra otra, y «cascó» usted. Yo he venido a pasar el tiempo y no a perder mi dinero.

—Me asombra, yanqui, su falta de ambición. Por dos dolares le pueden dar, si acierta, un centenar.

—Prefiero conservar mis dos dolares y que otro gana los cien. Yo le creía listo, Tresham.

—Lo soy.

—Pues no lo demuestra. Le tildan de jugador profesional, de *tahur* de *poker*. Yo nunca he apostado ni en una carrera de caracoles, pero si me diera la ventolera por jugar, lo haría defendiéndome mis propios, billetes. Esas muchachas son bonitas y son mujeres, pero me reventaría depender de un raquetazo mejor o peor dado, que pusiera en peligro mis dolares.

—Aposté porque sus cien dolares me sobraban, Maloney. Tengo dinero y sólo lo juego aquí a la alza generalmente. Pero a raíz del primer crimen que aquí se cometió, me sentí intrigado y me convertí en asiduo de este frontón. Y van ya cinco crímenes…

—¡Cáscaras!… Usted es un pájaro raro, Tresham. Pero ya sé adivinar cuando habla en serio. Cuente.

—Una jugadora llamada Igaña desapareció misteriosamente. Tenía que jugar por la noche. Fueron a buscarla al hotel al ver que se retrasaba, y en su habitación sólo hallaron señales de lucha, muebles derribados, ropas ensangrentadas y una cartulina en la que, escritas con caracteres chinos, se leían más o menos las siguientes palabras: «Una vida de mujer blanca es un grano de arena en el reloj de preciosas existencias». Se hicieron indagaciones que a nada positivo condujeron. La frase enigmática carecía de sentido…

—Y usted, que es un talento genial, adivinó el significado, ¿no es así?

—La baba seudohumorística del búfalo no mancha mi albura de cisne. Después de la desaparición de Igaña, otras cuatro muchachas, y en el espacio de dos semanas, han desaparecido en idénticas condiciones y con idéntica cartulina de significado incomprensible.

—¿Por qué relacionó usted los disparos que nos enfocaron hace poco con este asunto?

—Ya le dije que los problemas misteriosos me encantan. Son mi pasatiempo. Y me aburro tanto, que decidí aclarar este asunto de rapto sin cadáver, pero sangriento por las huellas. Jugué una carta. Me jacté delante de varios corredores, camareros del bar y público de que estaba ya tras una pista que me conduciría al pronto esclarecimiento de este asunto misterioso. Al día siguiente por la noche, un puñal vino a clavarse en la pared del «Batik» donde instantes antes apoyaba yo la cabeza. Era en la terraza. Reinaba la oscuridad, y por más que rebusqué en el jardín y salté la tapia recorriendo los alrededores, no hallé a mi agresor, que es lo que me interesaba.

—¿Es cierto que tiene usted una pista?

—No. Estoy tan a oscuras como los policías británicos encargados de la investigación. Pero, ¿no conoce el proverbio mahometano?

—Ya sabe que yo no soy un erudito como usted.

—Claro. Usted es un animal sano que no se molesta con la funesta manía de pensar. El proverbio mahometano asegura que si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma. ¿Sabe quién era Mahoma?

—Supongo que algún mahometano barbudo, ¿no?

—Exacto. Yo soy ahora un Mahoma. La montaña me ha visitado dos veces: primero fué el puñal; segundo, la ráfaga de dos pistoleros. A la tercera va la vencida, dice otro proverbio.

—Ya. Y a la tercera visita le entierran o usted le echa el guante al que le quiso matar, cosa que aplaudo, y trata de sonsacarle quién es la mano oculta que maneja ese asunto de la desaparición y muerte de las muchachas.

—Admiro su gran inteligencia, que no prodiga mucho.

—Oiga, inglés. ¿Cómo usted, el perfecto canalla, el asesino sin escrúpulos, se siente filántropo hasta el punto de exponer su miserable pellejo en un negocio que no le va ni le viene? ¿Alguna de estas muchachas ha tenido el mal gusto de enamorarse de usted?

—No. Ellas tienen generalmente buen gusto. Ni tan siquiera me conocen. Si me he entrometido en este asunto es porque me aburro mucho…

—Oiga —dijo de pronto Maloney con dura entonación—. Usted es capaz de todo. Afirman en todo Shangai que por unos dolares mata usted a su propia sombra. Antes dijo algo extraño. Dijo que una de las que jugaban iba a morir pronto. Usted es un tipo de alivio, Malcolm Tresham. ¿Quién me garantiza que su diabólica mente no está tras todo eso? ¿El ataque no pudo ser fingido? Usted me hizo caer muy oportunamente. Un segundo más y me freían a balazos… ¿Dice usted que le agradan los problemas misteriosos? A mí

también… a ratos. Usted es un sujeto que desgraciadamente posee mucho cerebro. Fingiendo que le atacan, se libera de sospechas…



Un puñal vino a clavarse en la pared del "Batik"…

—No está mal razonado. Pero intentaré meterle en su dura mollera varias razones sensatas. Si yo intentase descartar las sospechas de mí, hubiese dejado que le acribillasen a usted. Sería un suceso dotado de tanta realidad y contundencia que me encantaría por completo. Estoy viendo ya los rótulos de la prensa: «La misteriosa banda que siembra el terror en el «Jai-Alai» dejó como una criba al ciudadano Ross Maloney, que iba en compañía de *mister* Tresham, nuestro amado, querido y honesto huésped de honor…», etcétera, etcétera. Segunda razón: el asesinar muchachas de esas, ¿qué ventajas comerciales iba a reportarme?

—Usted mata como los demás respiran. Quizá le hayan hecho perder dinero y usted…

—Si cada uno de los que pierden matase a las inocentes responsables, este local tendría que cerrar por falta de jugadoras. No se extravíe, Ross Maloney —y una extraña luz maligna pasó por los ojos pardos del inglés.

—Ojalá que el extraviado no sea usted… Escúcheme con atención, amigo. Mis hombres están ocupados en la tarea de poner en condiciones un casco que he comprado para hacerme a la mar tan pronto esté acicalado. Es un velero viejo, pero que he adquirido a buen precio y a plazos. Dispongo de una

semana de tiempo. Ha conseguido usted excitar mi curiosidad. Haré indagaciones por mi cuenta… ¡y le juro, maldito sea yo, que le hago fosfatina si anda usted metido en este sucio asunto!… Ni me va ni me viene el que haya o no terror en el «Jei-Jeilei», pero… ¡cáscaras!… yo le retorceré el pescuezo si…

—Aquiétese, búfalo. Suponiendo que yo no tenga nada que ver con los cinco crímenes, seremos, pues, dos a indagar… Le ayudaré. Dije que una de las que jugaban iría probablemente a la muerte en breve lapso, porque tres de ellas eran jóvenes y bonitas. Galantemente admito que la cuarta puede inspirar pasiones… pero no pensaba en ella al olfatear otra nueva desaparición.

—¿Qué tiene que ver que sean jóvenes, viejas, bonitas o feas?

—Ese es el *quid* del problema. Un doble enigma. No han pedido rescate, ya que primero se creyó una acción de piratas chinos. Y las cinco desaparecidas eran jóvenes y muy bonitas. De las cuatro que jugaron el gracioso partido que me ha costado cien dolares, Pepi, la delanterita, es joven, casi una niña y bonita. Maruchi ídem de ídem. Y la zaguera Zarzalinda, la presumidilla, es beatíficamente hermosa. He hecho una lista de las que reúnen juventud y belleza, y veremos si tengo o no razón. Ya le enseñaré esta lista cuando desaparezca otra… Verá cómo he acertado.

—Pero, ¿qué medidas se han tomado?

—Aquí dentro hay, vestidos de paisano, más de treinta policías británicos. Cuando las jugadoras abandonan el local, son escoltadas disimuladamente por otros policías. Y en donde se alojan hay otros individuos del mismo servicio.

—Entonces, ya no habrá peligro para ellas.

—Error, mi joven amigo. La última raptada fué una chiquilla llamada Abelli. Una jugadora manojo de nervios, que confundía la cancha con una pista de baile… Donde se alojaba había cinco policías de vigilancia. Los apuñalaron… y Abelli desapareció. El inevitable letrerito escrito en caracteres chinos: «Una vida de mujer blanca es un grano de arena en el reloj de preciosas existencias»… Ropas pertenecientes a la desaparecida, rasgadas por instrumentos cortantes, ensangrentado el suelo…

La quiniela había ya terminado y empezaba otro nuevo partido, anunciado por el griterío de los corredores cruzando las apuestas del público.

El índice de Tresham apoyóse en el programa-folleto. Leyó Maloney:

«Cuarto partido. A raqueta.
A 35 tantos.

Altuna - Asteasu
contra
Victorina - Lolina.»

—A mí particularmente todas ellas me gustan —dijo Tresham—. Soy

hombre soltero porque tengo la sabia virtud de no fijarme en ninguna mujer en particular…

—Diga que ninguna de ellas se fija en usted, que no es lo mismo.

—Posible, aunque yo soy un feo interesante… Hice la observación de que todas ellas me gustan para poder añadir que las cuatro españolas que ahora juegan están fuera de peligro.

—¿Por qué?

—Rebasaron el límite de los veintitrés años, ¿lo percibe? Y hasta ahora las desaparecidas eran muchacha entre diecisiete y veintitrés. ¿Desea apostar algo?

—No.

—Pierde usted una ocasión de probable lucro, mi joven amigo.

—Me revienta que me llame usted «mi joven amigo», ¿se entera?

—La pareja Asteasu-Lolina me gusta como hombre y como jugador. Bien, podemos irnos… En la barra del «Batik» adquiriré informes acerca de un punto que nos interesa a los dos.

Abandonaron ambos el palco. Y Ross Maloney, mientras bajaban las escaleras, comentó:

—Me gustaría saber cuál es el punto que me puede interesar a mí allá en la barra del «Batik», el bar de donde se van los ingleses cuando le ven entrar a usted.

—¿No desea usted comprobar si yo ando tras la pantalla del «gang» que rapta a las raquetistas? Bob, el camarero…

—Le conozco. Es el muchacho al cual usted sablea descaradamente.

—Ese mismo. Pues Bob, que es un fanático jugador muy asiduo al «Jai-Alai», ha llevado a cabo personales investigaciones de curioso. Y escuchar los comentarios es a veces un método de saber algo, si se tiene un cerebro como el mío, que sabe descartar lo inútil y ampliar lo aprovechable.

Estaban ya en el vestíbulo de salida, cuando Maloney retrocedió, girando el rostro en todas direcciones y dispuesto a repeler la agresión que adivinaba cercana.

Pero las sombras que en el suelo de la calzada proyectaban las inconfundibles líneas de armas de fuego avanzaron y cuatro soldados de infantería del Cuerpo de Fusileros Navales, dirigidos por un oficial, interceptaron la salida a ambos.

El oficial, cuyo rostro habitualmente debía tener una expresión más bien infantil e ingenua, ostentaba ahora un gesto de decidida repulsa.

—Tengo orden de acompañarles a la Sección Quinta —anunció secamente y mirando tan sólo a Maloney, como si el hecho de mirar a Malcolm Tresham le produjera náuseas.

—¿Qué es eso de la Sección Quinta? —inquirió Maloney, ceñudo.

—Una pequeña sucursal del Cuartel General Inglés —dijo Tresham, respondiendo por el oficial—. Es preferible no discutir, Maloney. Sobre todo cuando, como ocurre en nuestro caso, somos dos sujetos de conciencia

intachable y de honorabilidad patente.

Maloney encogióse de hombros y siguió en pos del oficial, mientras les cuatro soldados, con el fusil terciado ante el pecho, cerraban el paso tras Malcolm Tresham.

—¿Qué granujería ha cometido usted recientemente? —preguntó Maloney al inglés mientras andaban.

—¿Y usted? Porque sería objeto de ardua meditación averiguar quién de nosotros dos es el que atrae las balas y los soldados.

El edificio del acantonamiento de las fuerzas británicas distaba escasamente un centenar de metros del frontón.

Fueron ambos introducidos en un despacho, tras cuya mesa un capitán de rostro anguloso y canosos aladares, emanando en toda su actitud una impecable severidad, hizo seña al oficial de que abandonase la sala.

—Hola, capitán —saludó Maloney jovialmente—. ¿Por qué cáscaras, si quería hablarme, me envía a cuatro uniformes y un graduado? Yo habría venido voluntariamente y sin escolta.

Terence Partridge fijó con dureza sus ojos en el semblante atezado del joven americano.

—Creo recordar, *mister* Maloney, que en nuestra última entrevista le indiqué la conveniencia de abandonar temporalmente Shangai. Desde el frontón un agente me ha comunicado que estaba usted allí. ¿Puede explicarme los motivos por los que pasó por alto mi recomendación?

—¡Cáscaras! —barbotó Maloney—. Estoy aquí a la fuerza. Si lee usted la prensa sabrá que por ir a ayudar un yate de ricachones me volaron mi cacharro. He venido a por otro… y no se apure, que tengo yo más ganas de perderle de vista a usted y a Shangai que usted pueda tenerlas de no verme más.

—¿Qué relaciones sostiene usted con ese… ese individuo? —y la diestra de Partridge señaló a Malcolm Tresham.

Ross Maloney enrojeció como si el evidente desprecio del inglés hacia su compatriota le atañese personalmente.

—Conocí a Tresham en circunstancias especiales y me salvó la piel.

—Es mi deber advertirle que en nada le favorece la amistad de ese… individuo.

Por ser Terence Partridge habitualmente tan comedido y correcto, resaltaba aun más su actitud ofensiva hacia el imperturbable Tresham.

—Soy ya mayor de edad —replicó agriamente Maloney.

—Quizá ignore usted que su amigo es un sujeto por todos conceptos indeseable. En nada le favorece su compañía…

—¿Para qué me llamó usted, capitán? —preguntó Maloney, avergonzado al oír hablar en aquella forma del que silenciosamente escuchaba puliéndose las uñas en el reverso de la solapa de su *smoking*. Pero de pronto dió un cuarto de vuelta, encarándose con Tresham—. ¡Cáscaras! Ya sé que usted desconoce la vergüenza, pero… ¿no le da grima ver cómo le están poniendo? Yo no lo

consentiría por más inglés y capitán que fuese quien me hablara. ¡Diga algo, Tresham! Tenga un mínimo de dignidad…

—Lo que digo es que el capitán representa a la ley, y cuando la ley me habla yo me callo, porque soy lo bastante sensato para no oponer réplicas incorrectas a…

—¡Cállese! —atajó Partridge severamente—. Después tendrá tiempo para replicar a unas cuantas preguntas. ¿Qué días piensa permanecer en Shangai, *mister* Maloney?

—Tan pronto esté a flote el casco viejo que he comprado a plazos, saldré, y si me pierdo que no me busquen por Shangai.

—Cualquier incidente que usted origine será castigado con el máximo rigor, *mister* Maloney. Puede retirarse.

Ross Maloney encasquetóse la gorra y salió, andando con evidente energía furiosa.

Apenas se hubo cerrado la puerta tras él, la actitud de los dos ingleses varió como por milagro.

Terence Partridge se levantó y, con deferente cortesía, inclinóse rígidamente. Malcolm Tresham sentóse indolentemente.

—Buen muchacho ese yanqui, ¿no es cierto, capitán?

—Particularmente me honro en conocerle y le aprecio, mi comandante.

—Yo también. Me causa gracia en su afán de regenerarme. Es un alma buena. Aunque las reprimendas no le van mal. Veremos si así regresa a su granja de Kansas. No se merece morir en un tugurio o asesinado en una esquina.

—Me permití recomendarle, que explotase la isla de Pettigrew. Allí tendrá ocasión de trabajar honradamente y a la par saciar sus instintos combativos con los piratas malayos. ¿Con soda, mi comandante?

Asintió Tresham, mientras Partridge escanciaba sifón en el alto vaso a medias repleto de *whiskey*.

—Creo inútil indicarle, capitán Partridge, que *mister* Maloney ignora en absoluto quién soy. Me supone capaz de todas las tropelías, aunque admite que le desconcierta una sensación extraña qué le impide vapulearme. Su imaginación actualmente me considera un probable autor o cómplice de los crímenes del «Jai-Alai». Le indiqué que me interesé en este problema por «diletantismo». Sé que si supiera quién soy me abrazaría con entusiasmo, cosa que me produciría uno de los escasos placeres que pueda recibir, pero cuando acepté el número veintinueve comprendí que tenía que abandonar todo sentimentalismo.

Terence Partridge, en silencio, levantó su vaso en mudo brindis respetuoso y admirativo.

El Malcolm Tresham que estaba hablando con cierto deje melancólico era muy distinto al habitual, mordaz y cínico, que conocía Maloney.

—Por lo tanto, *mister* Maloney ignora que no sólo por ser crímenes cometidos contra europeos, sino también por el asesinato de cinco agentes

británicos me ha sido encomendada la secreta investigación de este enigmático y sangriento asunto. Debo confesar que por ahora no he avanzado en nada.

—Endiabladamente complicado, señor —comentó Partridge—. No advierto por ninguna parte el móvil de estos raptos.

—Ningún misterio es impenetrable, y todo absurdo tiene sus explicaciones lógicas. Explicaciones tan lógicas, aunque pocos seamos los que las sabemos, como la de que por mi fama especial sea yo un agente de los más indicados para intentar resolver y disolver el terror del «Jai-Alai». Y ahora, capitán, consiéntame mi pueril capricho…

Terence Partridge conocía ya el «pueril capricho» del comandante Malcolm Tresham. Abrió un archivero de donde extrajo un libro cerrado con una diminuta cerradura complicada de combinación numérica.

—Lo que va a leerme, capitán me lo sé de memoria, por lo mucho que me lo repito mentalmente para seguir siendo el «perfecto canalla».

Partridge emitió un sonido de garganta que Tresham supo traducir como símbolo de una gran simpatía… Y el capitán leyó en voz alta, tras abrir el libro:

> «¡Malcolm Tresham, número veintinueve, comandante honorario en méritos y recompensa por servicios especiales. Cabeza de grupo en la zona del Gran Canal. Se le prestará todo género de atenciones y ayuda, cuando queden comprobadas sus huellas digitales. Físicamente: ojos pardos, cicatriz en pómulo y ceja del lado izquierdo. Cráneo permanentemente afeitado. Suele emplear indebidamente y a todas horas el *smoking*. Todo oficial que le encuentre en lugares públicos deberá manifestar su hondo desprecio hacia él, no ocultándose de hacer patente la vergüenza que supone aparentemente para Inglaterra el número veintinueve. Privadamente, todo oficial dará los máximos honores a uno de los mejores caballeros del Imperio Británico y su Intelligence Service.»

Terence Partridge, antes de proseguir, inclinóse de nuevo en otra reverencia rígida, que pasó inadvertida al hombre que escuchaba con los ojos entornados.

> «El pasado del número veintinueve no nos pertenece comentarlo. Si algún oficial tuviera noticias de que Malcolm Tresham es considerado por los asiáticos, en la zona del Gran Canal, como un asesino a sueldo, sepa tan sólo que las distintas muertes de que se acusa al número veintinueve fueron contra sujetos británicos que merecían tal muerte por incalificables acciones contra su propia patria. Y el número veintinueve por su exterior físico y sus acciones disipadas ha sabido ganarse la confianza de cuantos elementos

maleantes pululan en el hampa china. Den toda clase de facilidades al número veintinueve.»

Cerró Partridge el libro, y Tresham se levantó.

—¿Puede informarme, Partridge, del verdadero motivo de su llamada?

—Hemos recibido una denuncia doble, firmada por un tal Reuben Goldinsky, un ruso blanco…

—He oído hablar de él.

—Esta es la carta —y la tendió Partridge a Tresham, que leyó rápidamente:

> «Al servicio británico de información.
>
> «Renuevo mi ofrecimiento de colaboración, y firmo la presente denuncia contra Malcolm Tresham, del que puedo demostrar participación en los crímenes del «Jai-Alai». A la vez, hago saber que un súbdito americano, Ross Maloney, se halla en Shangai acompañado de sus piratas fluviales, siendo el autor de las muertes de Yuan Kang y Chiao Yun. Reitero mis ofertas de leal colaboración,
>
> »*Reuben Goldinsky*.»

—Este individuo se ha ofrecido varias veces por escrito, señor.

—Continúen dándole el silencio por respuesta. Y… ya le responderé yo personalmente a él mismo por lo que respecta a esta carta.

Devolvió la denuncia Tresham y estrechó la mano de Partridge.

Al salir del edificio, pulióse las uñas, mirando al que se le acercaba con los puños apoyados en las caderas.

—¿Qué? Tan fresco, ¿no? El capitán Partridge le habrá inundado de epítetos insultantes… Y usted, ¡maldito sea!, tan campante… ¿Por qué no cambia de vida, so caradura? Hay algo bueno en usted… algo que no me puedo explicar… Pero usted fué un caballero…

—Oiga, Pantera charlatana. No me endilgue discos… Le imito bien cuando me lo propongo, ¿verdad? Le he replicado en su estilo acostumbrado. El que usó con Partridge.

—¿Le metió mano el buen viejo, no es así? Lo celebro. A usted deberían meterlo en la cárcel…

—Supuse que me aguardaría.

—¡Claro! —protestó Maloney enrojeciendo, porque no quería confesar que estuvo algo inquieto por la suerte que pudiese correr aquel extraño sujeto que le atraía y a la vez le repelía—. ¿No le di cien dolares como participación para que me llevara a su cantonés contrabandista?

—A la medianoche le veremos. Pero ahora, urge más visitar a Reuben Goldinsky.

—¿Quién es ese tipo? ¿Algún amigote suyo?

—Es un caballero que afirma entre otras cosas que yo… Bueno, hablemos de usted. Reuben Goldinsky no le aprecia, búfalo.

—No conozco al tal Reuben. Y no me llame búfalo, so chimpancé elegante.

Ambos echaron a andar, siguiendo Maloney la dirección tomada por el inglés. Era ya totalmente de noche…

—Me encanta ver la cordialidad que reina en nuestras relaciones —dijo suavemente Malcolm Tresham—. En el fondo le aprecio, Ross Maloney.

Pero aquella declaración era un «sentimentalismo» que el número veintinueve se apresuró a corregir añadiendo:

—Me servirá usted de excelente parapeto contra los impactos que se avecinan. Reuben Goldinsky es duro de pelar… y vamos a visitarlo.

—Irá usted. Yo esperaré en la puerta, y cuando lo saquen a usted en camilla, iré a felicitar a Reuben… como se llame…

—Reuben Goldinsky fué campeón de pesos pesados. Le acompaña siempre su hermano Igor, gran lanzador de puñales. Están desmoralizados por el vodka y la carencia de dinero. Y… empiezo a sospechar que pudiera muy bien darse el caso de que ambos estuvieran complicados en el terror del «Jai-Alai». Les interrogaré.

—Resultará gracioso escuchar su interrogatorio, Tresham. No se vaya a creer que le acompaño por temor a que le aticen un palizón. Es qué Usted es mi lazo de unión con el cantonés y las armas que necesito.

Malcolm Tresham dedicóse a silbar durante el resto del trayecto. Habían abandonado las arterias centrales de Shangai y estaban internándose en el sórdido barrio bajo, donde muñecas pintarrajeadas, de carne y hueso, expuestas en originales escaparates y cortinas que despedían acres olores, atestiguaban a las claras la índole de comercio especial, muy propio para atraer a un individuo vestido de *smoking* y acompañado por un larguirucho marinero de rojos cabellos…

Un observador indiferente catalogó rápidamente a los dos transeúntes: un turista en busca de los fumaderos de opio, y un marinero ávido de gozar las delicias artificiales de las expertas muñecas chinas que en sus escaparates aguardaban a los que fijándose en ellas, sirvieran para engrosar el ahorro que destinaban a la dote que les permitiría un día futuro ir al interior, hacia el novio que las aguardaba para montar un hogar…

CAPÍTULO III

ANDANZAS NOCTURNAS

—La vida es áspera, agria y acre —dijo con furia reconcentrada uno de los dos ocupantes de la buhardilla.

El otro, un coloso de ancha barba rubia en abanico y fosca melena alborotada, siguió masticando ruidosamente.

Los hermanos Goldinsky cenaban. Y era la «noche helada» para Igor, el flaco y descarnado eslavo de ojos redondos, negros como cabezas de alfiler, y la nariz ganchuda de esquelética contextura, donde las aletas parecían translúcidas membranas de moribundo.

Reuben Goldinsky prefería no replicar cuando su hermano estaba furioso. Fríamente furioso, con mate sudor en su pálida frente marfileña…

—Tengo el espíritu enfermo; esta es mi dolencia —siguió diciendo Igor Goldinsky con la incoherencia que le asaltaba cuando veíase privado de su droga—. Se agrava mi mal en esta tierra amarilla, donde todos los rostros sonríen con amabilidad irónica… Nos desprecian, porque están orgullosos de que si hoy son rutinarios y vegetan cansinamente, antaño dieron a conocer la brújula, la imprenta, la pólvora, la porcelana y la agricultura científica a las naciones que presumen de civilizadas…

Reuben Goldinsky había terminado de devorar la escasa cena. Miró con avidez el plato de arroz y huevos que su hermano había dejado intacto.

—Come, Igor —insinuó, esperando ansiosamente la negativa.

—¡Comer! ¡Comer! Sólo eso te preocupa —chilló histéricamente Igor empujando su plato a través de la mesa—. Llena tu estómago y luego ronca con la satisfacción del animal ahíto.

Mientras Reuben dedicábase sin remilgos a comerse la parte de cena correspondiente a su hermano, éste prosiguió:

—Cargando fardos en el puerto en vergonzosa y humillante promiscuidad con los coolíes, ¡Reuben Goldinsky se considera digno de vivir!

—Consigo dinero para comer los dos… —dijo Reuben, con la boca llena. No le disgustaba exasperar a su hermano.

—Tuvimos mucho dinero. ¿Dónde está?

—Morfina —replicó lacónicamente Reuben, rebañando el plato.

—¡Y tus «princesas chinas»! —aulló Igor en el paroxismo del furor, al recordar no sólo los venales amoríos de una noche de su hermano, sino también la carencia actual de droga—. Te juro que cuando el «ciclista negro» nos encomiende otro trabajo, no percibirás un solo dolar.

—Pondré en mi bolsillo tantos dolares como tú, Igor, eres un desquiciado, un esclavo de la morfina…

—¡Calla!

El agudo chillido emitido por Igor Goldinsky coincidió con la repentina aparición en su diestra de un puñal de corta hoja afilada.

Los ojos de Reuben brillaron perversamente, mientras sus dos manos, anchas y velludas, verdaderas zarpas de oso, crispábanse sujetando el borde de la mesa que le separaba de su hermano.

—Vuelve el cuchillo a su sitio, Igor, o te propinaré una severa corrección. No olvides que soy tu hermano mayor.

—¡Eres un asesino! ¡Eres un pitecántropo sin pulir!

—No grites como una mujerzuela triste —gruñó Reuben disponiéndose a volcar la mesa sobre el débil Igor, ahora peligroso con el cuchillo que, en su flaca mano venosa, era un arma certera…

—Enternecedora escena de confraternidad…

Las cuatro palabras que resonaron en el umbral de la puerta, que acababa de abrirse silenciosamente, inmovilizaron a los dos hermanos.

Vieron a un individuo vistiendo *smoking*, distendido el rostro en permanente sonrisa sardónica, que les miraba malignamente…

El intruso mantenía, significativamente, una automática en su mano izquierda, que apoyaba contra la cadera.

La reducida buhardilla estaba iluminada tan sólo por una linterna marinera que colgaba del techo de maderos carcomidos.

Los rostros de Reuben y su hermano ostentaban, el rojizo reflejo, palideces sonrosadas de maniquíes de cera.

—Clava tu cuchillo en la mesa, Igor —ordenó Tresham—. Y ambos extended las manos de plano, que las vea yo bien… ¡Nervioso!

La última palabra, que pronunció Tresham como en amable reproche, iba dirigida a Igor Goldinsky, que acababa de lanzar su cuchillo contra el inglés.

El corto puñal clavóse en el dintel de la puerta, y a la vez que Tresham daba un salto de costado, su pistola vomitó una llamarada.

El brazo derecho de Igor Goldinsky se agitó espasmódicamente, y el ruso volvió a caer sentado, sujetándose con su mano izquierda el bíceps taladrado por el disparo.

—Quieto, Reuben —advirtió Tresham, dirigiendo el cañón humeante hacia el coloso rubio, que iniciaba un cauteloso movimiento de avance—. Habéis elegido por morada un lugar donde no se preocupan por disparos de más o de menos, y tú ofreces mucho blanco. ¿Duele, Igor? Más te dolerá la carne que te queda intacta, si no contestas a mis preguntas. Siéntate, Reuben.

—¡Aplástalo! —gritó Igor—. ¡No le temas, cobarde!

—Un disparo en la lengua es un tiro de suerte que nunca he probado— dijo Malcolm Tresham mirando reflexivamente al ruso sentado.

Pero su automática seguía apuntando hacia Reuben Goldinsky…

De pronto, Igor con la energía nerviosa que le proporcionaba su furor de exasperación, abalanzóse a ras de suelo. Logró enlazar los tobillos del inglés…

Con una obscena imprecación, lanzase Reuben Goldinsky hacia adelante con los puños cerrados.

Un cuerpo largo y elástico pareció rebotar cayendo del cielo, interponiéndose entre el inglés y el coloso.

Ross Maloney riendo alegremente, porque se le presentaba una ocasión de pelea noble, produjo en Reuben Goldinsky unos instantes de estupefacción.

Malcolm Tresham había perdido el equilibrio, pero la culata de su automática aumentó la fuerza del puñetazo que asestó en la base del cráneo del toxicómano…

—Dos contra uno no es leal, barbazas —dijo Maloney tendiendo el brazo izquierdo en toda su envergadura, en ademán de guardia expectante.

Reuben Goldinsky, antiguo campeón de la máxima categoría, e infatigable cargador de muelle, bufó despreciativo al atacar al imberbe y larguirucho adolescente que se atrevía a retarle.

Pero retrocedió aturdido. Habían sido tan sólo dos golpes secos. Pero dos golpes precisos: uno en la frente, con la izquierda y otro, tan veloz y matemático, que en derechazo directo le dejó unos instantes sin respiración al alcanzar precisamente su nuez de Adán.

Eran dos puñetazos de experto científico, y Reuben Goldinsky adoptó una guardia cerrada, alzando los dos puños a la altura de su pecho.

Malcolm Tresham como si estuviera solo en la buhardilla, dedicábase a atar concienzudamente al inconsciente Igor… Pero lo ataba originalmente: lo había tendido encima de la mesa, y por debajo de ella le reunía muñecas y tobillos, enlazándolos con una sucia manta que desgarraba en tiras, y que había quitado del camastro.

Reuben Goldinsky avanzó impetuosamente con toda la anchura de sus hombros alzados y sus puños protegiéndose el rostro, mientras los codos formaban barrera ante su estómago.

Buscaba el cuerpo a cuerpo, pero en largos directos, Ross Maloney le mantuvo apartado.

Reuben inclinóse de pronto con pasmosa agilidad para su corpulencia y asiendo un taburete de recia madera lo lanzó con todas sus fuerzas hacia el pelirrojo que le burlaba científicamente demostrándole ser un boxeador expertísimo.

Ladeóse Maloney, pero el escabel chocó contra su hombro izquierdo con impacto doloroso… Reuben Goldinsky abalanzóse agitando los brazos en molinete activo.

Logró conectar un zarpazo en plena mandíbula de su adversario, proyectándola hacia atrás. La cabeza de Maloney chocó contra la pared…

Dolorido y furioso, alzó rápidamente el americano su rodilla, para detener el avance del ruso, quien encogióse al sentir en su estómago la redonda y dura presión.

Velados los ojos por estrías sanguinolentas, levantó Maloney los dos puños entrelazados por los dedos cerrados, y las vértebras del cuello de Reuben Goldinsky crujieron en su cogote…

Abatióse el ruso como un buey apuntillado, y Maloney tambaleándose, acercóse a la mesa, hasta que junto a ella encontró el cubo de agua que había visto al entrar.

Levantó el cubo y lo fué vaciando lentamente encima de su cabeza… Sacudióse como un perro mojado…

—Hermosa pelea —dijo Tresham sentado en el borde de la mesa junto al arqueado y desvanecido Igor Goldinsky—. Reuben tiene un cinto de cuero muy sólido.

—Usted es el que interroga, no yo —dijo Maloney huraño.

El inglés acercóse al tendido coloso, y diestramente maniobró hasta dejarlo sentado contra la pared, fuertemente maniatadas las muñecas tras la espalda con el ancho cinto que le quitó.

—¿Es usted sensible? —inquirió Tresham volviendo a sentarse en la mesa.

—Según cuándo y cómo. ¿Por qué?

—En mis interrogatorios, suelo ser persuasivo, pero si no logro convencer, ostento una falta de escrúpulos muy agradable. Le advierto que no deseo que se interponga entre mis clientes y mi elocuencia.

—¿Esos dos tipos son de su calaña?

—Casi me igualan. Matan si les pagan lo suficiente para obtener morfina para el hermanito Igor y muñecas de carne para el padrecito Reuben. Y la calurosa acogida que nos han hecho, me hace reafirmar en mi sospecha de que están complicados en el asunto del frontón. Mientras escuchábamos tras la puerta, ¿no oyó usted que citaban a un misterioso «ciclista negro»? Veremos quién es. Si algo de lo que yo haga le molesta, Maloney, coloque en el otro platillo de la balanza las cinco vidas de las cinco raquetistas desaparecidas. Le advierto que ellas cinco me tienen sin cuidado. Lo hago constar tan sólo para reprimir sus sensiblerías de hombre leal… Vaya, el hermanito Igor, nos está observando con expresión carente por completo de simpatía. ¡Hola, Igor Goldinsky!

Junto a la pared, el coloso se removió, balbuceando insultos…

—Ya estamos todos —anunció Tresham, encendiendo un cigarrillo con ademanes pausados—. Contestadme, hermanitos, ¿dónde estábais esta tarde a las seis y treinta y dos minutos?

Igor ladeó la cabeza encima de la mesa, mirando con fijeza a su hermano, que gruñó palabras ininteligibles…

—Repito —dijo Tresham acercando el extremo encendido de su cigarrillo a la frente de Igor como por descuido—. ¿Dónde estábais a las seis y treinta y dos esta tarde? Os aclararé la razón por la que os cito tan cronométricamente el momento. Fué cuando tendido en el suelo, esquivé por milímetros varios balazos. Partieron de un coche guiado por una mujer rubia y en cuyos asientos posteriores había dos europeos agazapados.

Ambos hermanos guardaron silencio. Igor intentó apartar la cabeza pero no lo logró, y el extremo encendido del cigarrillo quedó a dos centímetros de distancia de su entrecejo.

—Otro semejante se clavó en el tabique de la terraza del «Batik» —dijo Tresham señalando el puñal clavado en la pared de la buhardilla—. Lo molesto es que si no llego a ver el destello, el puñal me habría cortado la garganta. ¿Fuiste tú, Igor?

Igor Goldinsky denegó con enérgicas sacudidas de cabeza.

Un repentino olor a carne quemada invadió el estrecho recinto, ya maloliente a sudores humanos…

Igor Goldinsky chilló agudamente, mientras Tresham apartando el cigarrillo, aspiraba con deleite una bocanada de humo.

En el entrecejo del ruso, una mancha negra humeaba…

—¡Fué él! —gritó de pronto Reuben.

—Era evidente —reconoció Tresham—. Mi pregunta fué de las que los silogistas califican de capciosas. Pero se negó a contestarme. Y es de simple corrección replicar a mis preguntas.

Ross Maloney sentado en el camastro, rezongó:

—No ase a un tipo atado, Tresham. No me gusta.

—A él tampoco le gusta, ¿verdad, Igor? Escúchame con toda tu inteligencia despierta, Igor. Si mientes o no replicas a mi próxima pregunta encenderé una cerilla y dejaré que se apague en unos de tus orificios nasales. Conozco un sin fin de juegos aun más divertidos, que progresivamente te deleitarán. Nueva pregunta: ¿Por qué intentaste asesinarme en la terraza del «Batik»?

—El ciclista negro me pagó cien dolares.

—¿Cien dolares por mi existencia? Me enorgullece verme tan altamente cotizado en el mercado shangaiense, donde tan escaso precio alcanzan los cueros humanos. ¿Quién es el ciclista negro?

—No sé su nombre, ni le conozco.

—Malcolm Tresham tiró el cigarrillo encima del pecho de Igor, que a sacudidas logró hacer resbalar la colilla encendida. El ruso redondeó aun más sus ojos mirando al inglés que despaciosamente extraía un nuevo cigarrillo de su pitillera, y encendía una cerilla en la suela de su zapato.

La cerilla encendida descendió hasta dilatar las pupilas de Igor, que habló precipitadamente:

—¡Viste enteramente de negro! Es un chino delgado, menudo, con grandes gafas de aro negro, y bigote lacio…

Malcolm Tresham encendió su cigarrillo pero no apagó la larga cerilla de madera…

—…y lleva sombrero blando también negro. Un cuello duro de celuloide que le da aspecto de clérigo. Por dos veces vino a vernos y siempre llevaba una bicicleta en la que montó en la calle yéndose en ella. Pero no sé cómo se llama, ni por orden de quién trabaja.

—Bien, Igor. Hasta ahora estás comportándote como un chico listo.



Llevaba una bicicleta en la que montó, en la calle…

Malcolm Tresham arrolló alrededor de su índice un billete de cinco dolares.

—Por esa cantidad has matado a muchos, ¿no, Igor? ¡Contesta!

El ruso asintió mudamente, lívido y sudoroso el rostro.

—Por esa cantidad —siguió diciendo Tresham— conseguirás un «lleno» de tu jeringuilla. El «lleno» que te hace falta para poder vivir sin acritud hasta mañana. Cinco dolares de morfina, Igor. Va barata en Shangai, porque la mayoría prefieren el opio. ¿Dónde estabais los dos esta tarde a las seis y treinta y dos?

—En el puerto —gruñó Reuben desde su postura—. El capataz del *dock* nueve lo puede demostrar.

—¿Y tú, Igor?

—Bebiendo vodka con una amiga suya, que sólo le paga bebida —dijo Reuben desdeñosamente.

—Sí. Estaba con Natacha, la siberiana —dijo Igor.

Malcolm Tresham miró a Ross Maloney.

—Me parecen sinceros. Por lo tanto, empiece a meditar para entretenerse, en si tiene alguna cuenta pendiente con una mujer rubia y dos europeos. Volvamos a lo nuestro, Igor. El ciclista negro, ¿por qué te dió el encargo de eliminarme?

—No me dió razón, sino que me ofreció cien dolares.

—¿Qué otro trabajo habías hecho para él con anterioridad?

—Ninguno.

El cigarrillo de Tresham fué velozmente de sus labios a la frente de Igor, donde lo aplastó…

Igor Goldinsky sollozó estrepitosamente, con trémolos histéricos de resonancias femeninas.

Reuben Goldinsky emitió unos roncos sonidos guturales: una risa contenida…

—Vino… la primera vez… para darnos un trabajo extraño —hipó convulsivamente Igor.

—Hablarás después —dijo Tresham incisivamente—. Le toca el turno a tu hermano —y el inglés aproximóse a Reuben Goldinsky—. ¿Por qué enviaste una denuncia al servicio británico diciendo que yo estaba complicado en el asunto del frontón?

—Me lo ordenó el ciclista negro —dijo Reuben estólidamente.

—¿Por qué escribiste, delatando a Ross Maloney, como autor de las muertes de Yuan Kang y Chiao Yun?

—Me lo ordenó el ciclista negro —repitió Reuben hoscamente.

Ross Maloney acariciose la barbilla levemente hinchada.

—¡Cáscaras! Me gustaría entrevistarme con este ciclista.

—Procuraré proporcionarle ese placer —dijo Tresham regresando junto a la mesa, donde Igor intentaba inútilmente liberarse retorciéndose como una sanguijuela—. ¿Cuál fué el primer trabajo que te encomendó el ciclista negro?

—Nos dió un plano de una habitación de hotel, y también un croquis señalando los lugares donde estaban los cinco policías británicos. Yo tenía que… —interrumpióse Igor mirando asustado al impasible inglés.

—El apuñaló a tres policías y yo los otros dos —explicó Reuben—. Fué

una faena limpia y silenciosa. Después entramos por la escalerilla de incendios a la habitación donde la muñeca española dormía tranquila…

De nuevo la garganta del ruso emitió una ronca risa contenida.

—La cogí, mientras Igor iba vertiendo por el suelo un frasco conteniendo sangre humana que le había entregado el chino de la bicicleta. Desgarró también la ropa de la cama, ensangrentándola… Ella era una muñeca nerviosa, una niña… Pero —y suspiró el coloso ruso— cuando la llevábamos al kilómetro seis de la carretera, ya… aguardaba un coche. Y tres chinos se la llevaron.

—¿Cómo se llamaba ella?

—Algo como «abeille», abeja… Miel —rió el ruso encandilado—. Miel que no pude paladear.

—¿Cuánto os pagó el chino?

—Doscientos dolares.

Rebuscó Tresham en el bolsillo posterior de su pantalón, y envuelto en una vaina de cuero, extrajo un corto puñal.

—Con eso quisiste degollarme desde lejos, Igor. Con un arma igual, mataste cinco policías británicos. Vas a servirme de vaina, a menos que me digas cuándo volverá el chino ciclista.

—Dijo que aguardásemos… que volvería a darnos otra posibilidad de ganar dinero…

—¿Cuándo?

—Prometió venir en esta semana.

—Hoy es viernes. ¿Quiere aguardarme abajo, Maloney?

Ross Maloney levantóse, pero no se encaminó hacia la cercana puerta.

—¿Para qué quiere perderme de vista? ¿Piensa torturar a esos cerdos?

—Sería lamentable que mientras estuviéramos aquí, una bicicleta montada por un amarillo vestido de negro…

Ross Maloney salió apresuradamente de la buhardilla.

Igor Goldinsky contempló despavorido como el inglés después de cerciorarse de que Ross Maloney bajaba a toda prisa las tortuosas y obscuras escaleras, cerraba la puerta y adosándose en ella, propinaba un recio puntapié en el rostro de Reuben Goldinsky.

El cráneo del coloso rebotó contra la pared. Por tres veces, salvaje y despiadadamente, el zapato del inglés machacó el rostro barbudo, hasta que el rostro ensangrentado quedó reclinado contra el pecho.

—Habéis matado a cinco ingleses —dijo suavemente Malcolm Tresham —. Os perdoné que mataseis a Olga, la de Mukden, y al noruego Hansen. Me empezó a molestar vuestra presencia en Shangai cuando vendisteis a un agente extranjero el plano de la fortaleza interior de Tinyah. Por suerte recuperé dicho plano. Ofrecisteis vuestros servicios al Intelligence, porque teníais instrucciones de infiltraros en la información inglesa para traicionarla. Y habéis culminado con la última gota, el vaso que desbordaba al matar a sangre fría a cinco honestos policías. No me simpatizan los cobardes

morfinómanos, ni los brutos que abusan de mujeres antes de matarlas.

Abrió la boca Igor Goldinsky para chillar despavorido, pero su grito quedó truncado porque en su garganta hundióse el puñal que hacía unas noches había arrojado contra el que ahora acababa de lanzarle el cortante acero…

La yugular seccionada inundó de sangre la mesa… Malcolm Tresham quitó del marco de madera el otro puñal, y lo hincó en la nuca que ofrecía el inconsciente coloso, con la cabeza caída sobre el pecho.

Extrajo su pitillera, y encendió un cigarrillo con mano firme, exhalando voluptuosamente una densa bocanada de humo.

Colgante el cigarrillo de la comisura de los labios, y entornados los ojos procedió a desatar el cadáver de Igor Goldinsky, haciéndole caer al suelo de un empujón.

Con el pie fué arrastrando a empellones el cadáver hasta ocultarlo bajo el camastro. Aprovechó el resto de la manta para frotar la mesa de donde hizo desaparecer todo rastro de sangre.

Tiró el improvisado estropajo bajo el camastro y asiendo por los sobacos a Reuben Goldinsky lo arrastró hasta colocarlo también en el mismo lugar, junto al otro cadáver.

Quitó las ropas de la cama y amontonándolas obturó el espacio entre el borde de las tablas de madera y el suelo.

Sentóse unos instantes en el camastro para terminar de fumar el cigarrillo.

Al dirigirse hacia la única ventana, empezó a silbar metódicamente una canción hogareña: «Home, sweet home…»

Desde la ventana que abrió, creóse por unos instantes la ilusión de que estaba en un piso alto de Montmartre allá en sus veinte años, cuando dedicábase a una vida bohemia de poeta y escritor hambriento.

Pero la vista nocturna era una panorámica de Shangai, la ciudad donde el crimen, la traición y el vicio imperaban…

CAPÍTULO IV

EL CANTONÉS

Ross Maloney reclinado contra el madero que servía de entrada al obscuro pasadizo que conducía a las escaleras del mísero edificio, en cuya buhardilla vivían los Goldinsky, empezaba a impacientarse.

Por fin, subió las escaleras, y repiqueteó en la puerta cerrada del cuartucho. Le abrió Malcolm Tresham.

Ross Maloney dirigió una ojeada circular a la habitación.

—¿Y los dos cerdos asesinos?

—Se fueron.

—¿Eh? Si yo estuve abajo y no les vi salir.

—El chino deportista y forrado de dolares, ha de venir aquí, en busca de los hermanos Goldinsky. Aquí le aguardo.

Ross Maloney miró con asco al inglés.

—¡Usted!… ¡So asesino!…

—Todavía no he interrogado al chino vestido de negro.

—Bien sabe que me refiero a los dos rusos. ¡Es usted un cínico criminal a sangre fría!

—Ellos también lo eran. No me reproche la debilidad que manifesté al evitarle tener que contemplar una doble ejecución…

—¿Quién es usted para ejecutar a nadie? ¿No hay policías? ¿No hay tribunales? Póngase en guardia, Malcolm Tresham. Le voy a zurrar.

Malcolm Tresham levantóse lentamente, retrocediendo. Ross Maloney quitóse la gorra y la guerrera que arrojó al suelo.

Pero al avanzar quedóse inmóvil, crispadas las mandíbulas. Malcolm Tresham le apuntaba con su automática…

El rostro achatado y horrendamente mefistofélico del inglés sonreía con su peculiar mueca cínica. Pero los ojos pardos no expresaban malignidad, sino cierta melancolía.

—No tiene usted más armas que sus dos brazos, *mister* Maloney.

—Me bastan para destrozarle.

—Lamentaré lastrar con plomo sus dos armas tan contundentes, *mister* Maloney. Váyase. Está próxima la medianoche y el cantonés le proporcionará las armas que necesita. Cuando tenga sus dos *Colt*, su dinamita, su fusil ametrallador y demás adornos… ya sabe dónde encontrarme. Estoy aquí, y de aquí no me moveré hasta que venga el chino ciclista.

Ross Maloney cruzóse de brazos, y mordiendo las palabras murmuró:

—Pospondré para más tarde el placer de hacerle trizas, asesino. Por lo que sea, usted ahora anda encariñado con hallar la pista de los criminales que aterrorizan el frontón. Cumpla ahora su compromiso. ¿Quién me orientará hasta dar con el cantonés?

—Vaya al «Batik», pregunte por Bob…

—Ya le conozco.

—Dígale tan sólo: «No hay crepúsculo para el alma filósofa».

—Una frase tan idiota como la que lleva la cartulina que sirve de contraseña a los raptos…

—¿Sigue sospechando de mí? Sin embargo, bien oyó a los Goldinsky.

—¿Quién me afirma que el chino de marras no es un cómplice suyo y que usted, canalla despreciable, no ha liquidado a los dos hermanos porque ellos le delataron a los ingleses? Pero ¡mal rayo me parta!, todo se aclarará… ¡Se lo juro! Dígame ahora qué otra tontería le tengo que soplar a Bob.

—Simplemente preguntarle por el cantonés Chamin.

Ross Maloney dió media vuelta y recogió del suelo su gorra y la guerrera. De pronto ladeóse y corrió hacia el inglés.

Pero ágilmente Malcolm Tresham estaba al otro lado de la mesa, dirigiendo rectamente su pistola hacia el pecho del americano.

—Yo soy el caimán y usted el búfalo, *mister* Maloney. No lo olvide.

—Ross Maloney recogió la gorra encasquetándosela, y abandonó la sala a pasos irritados. Tras él la puerta cerróse violentamente.

Malcolm Tresham sentóse en el camastro. Pero su pistola quedó encima de una de sus rodillas, enfocando hacia la puerta…

***

Robert Pearson, el eficiente camarero del «Batik» tenía la cualidad inherente a su oficio. Sabía recordar a los clientes que habían sido generosos por más tiempo que estuvieran ausentes, o aunque tan sólo hubiesen visitado una vez el «Batik».

Además, no le era difícil identificar al muy característico sujeto que en pie en el umbral del salón de té, observaba a su alrededor, como buscando a alguien.

Era un alto individuo de cabellos rojos, semicubiertos por una gorra de marino mercante, galoneada en oro. La blanca guerrera despechugada quedaba tan sólo abrochada por un botón.

Llevaba pantalones azules y zapatillas de tenis, y si a primera vista parecía un imberbe joven larguirucho y desgarbado, resaltaba después de un detenido examen, el hecho de que las anchas mangas de su guerrera de dril blanco quedaban ceñidas a sus brazos, así como la anchura de sus hombros, que lo parecían menos dada su altura.

Robert Pearson aproximóse en seguida.

—¿Una mesa para el señor capitán Maloney? Buenas noches —sonrió.

—Hola, Bob.

Siguió Maloney tras el camarero que le condujo a una mesita de la terraza, tenuemente iluminada por un farol veneciano.

—Aquí la temperatura es agradable, capitán Maloney. ¿Un jugo de naranjas?

—Veo que me recuerdas, muchacho. ¿Hace tiempo que no ves a Malcolm Tresham?

—*Mister* Tresham es el propietario de este establecimiento.

—¿Eh? —saltó Maloney, asombrado.

—Prestó al dueño veintinueve mil dolares, y, virtualmente, *mister* Tresham es el dueño. Fué a raíz de que usted se marchó, capitán Maloney.

Recordó Maloney los treinta mil dolares de Yuan Kang…

—Bien —comentó recuperado ya de su asombro—. Este puede ser un negocio limpio. Me envía *mister* Tresham para que te diga: «No hay crepúsculo para el alma filósofa».

Robert Pearson fué ahora el que ostentó la más acabada personificación del asombro intenso…

Ross Maloney le miró contrariado, pensando en una burla del «perfecto canalla».

—¡Vaya! ¿A que tú no tienes idea de lo que esto significa como yo tampoco?

Robert Pearson, a raíz de adquirir Malcolm Tresham el «Batik», había sido llamado por la Quinta Sección Británica. Allí le habían manifestado que habiendo dado pruebas de patriotismo y ferviente adhesión a su tierra natal, asimismo como por ser inteligente y ocupar un cargo apto para ciertos servicios, podría ingresar en el servicio de contraespionaje.

Sometido sin él mismo saberlo a varias pruebas de capacidad, que resultaron satisfactorias, le fué revelada la verdadera personalidad del agente número veintinueve, con la instrucción de obedecerle ciegamente en cuanto Malcolm Tresham le ordenase.

—Si *mister* Tresham le ha dado esta frase de contraseña es que tiene en usted una confianza sin límites. ¿Qué desea de mí, capitán Maloney?

—Que me conduzcas al lugar donde se halla Chamin, el cantonés.

—Inmediatamente, señor. Le traeré un jugo fresquito, y mientras usted lo saborea, me iré a mudar de ropa.

—Si el dueño se opone, puedo aguardar hasta que termines tus horas de servicio.

—¡No faltaría más! Hay otros camareros… Además, usted fué muy generoso conmigo en cierta ocasión. Y viene recomendado por *mister* Tresham.

Alejóse el camarero, y Maloney meditó en la última frase del camarero. «Recomendado por *mister* Tresham…»

—Valiente recomendación —rezongó.

Pero allí en la soledad de la terraza, siguió pensando en el misterioso problema humano que le resultaba Malcolm Tresham.

El camarero Bob tenía un rostro honrado, y hablaba del «perfecto canalla» casi con unción…

—Gracias, Bob —dijo al éste depositar sobre la mesa un alto vaso.

—Estoy en seguida a su disposición, capitán Maloney.

Sabía por testimonio personal la falta de escrúpulos que caracterizaba a Malcolm Tresham. Era el asesino a sueldo… Había matado a Sandra Vronin, y, hacía poco, los dos hermanos Goldinsky…

Encogióse de hombros molesto, después de apurar el fresquísimo líquido. ¿Por qué diantres se preocupaba en querer adivinar algo inexistente o adornar inútilmente con cualidades que no poseía al inglés de eterna sonrisa sarcástica…?

Robert Pearson, con chaqueta de dril, y salakof en la mano, sacó a Maloney de sus meditaciones.

—Cuando usted quiera, capitán.

Levantóse Maloney echando sobre la mesa un dolar, y abandonó el «Batik» mientras Robert Pearson hacía el efecto de un nervioso trotador en

sus esfuerzos para acompasar su paso a la larga zancada del americano.

—Tú diriges, Bob. ¿Dónde anida el cantonés?

—En una de las márgenes del Wanghpú. En un barquichuelo de pesca.

—Quiero adquirir armamento.

—Muy pocos en Shangai saben el tráfico al cual se dedica Chamin, capitán Maloney.

—¿Es honesto en sus tratos ese cantonés?

—Viniendo como va usted recomendado por *mister* Tresham, Chamin se sentirá altamente honrado en servirle, capitán Maloney.

—¡Cáscaras! Veo que *mister* Tresham es un personaje de gran influencia —ironizó Maloney.

Pasaban ahora por callejuelas con casucas chinas de típica fragilidad. Despedían un desagradable olor a frituras extravagantes…

—¡Qué peste! —gruñó Maloney.

—Son las cocinas de manjares selectos —sonrió Bob.

Las callejuelas iban descendiendo hacia las márgenes del ancho río dilatado que semejaba una bahía anchurosa.

Estaban ya cruzando el barrio pobre indígena de pescadores. Aspiró Maloney el efluvio fresco del cercano río.

—Huele mejor ahora —comentó.

—Acabamos de pasar ante una tienda de ataúdes, capitán Maloney —explicó Bob—. No, no es chanza. Todas las tiendas de ataúdes huelen bien. Es quizá lo único que en China huele bien. La caja en que han de reposar los restos mortales de sus familiares es cosa muy importante para los chinos, y suelen sacrificar una parte considerable de su fortuna para adquirir el féretro, generalmente hecho de maderas finas con mezcla de sándalo.

—Eres un muchacho culto, Bob —dijo Maloney admirativamente —. Hablas con propiedad usando las palabras que encajan como un hueso en su muesca.

—Gracias, señor. Por ahí a la derecha… Es el sendero por donde andan los pescadores chinos, distinto del camino desembarcadero de los marinos europeos o japoneses.

Al final del sendero extendíase la ribera de limo, encima del cual unas piedras enterradas a medias soportaban largas vigas a modo de pasarela.

Abundaban los sampanes, los juncos y las barcazas, ancladas por entre los que desfilaba alguna mísera barquichuela impulsada por la pértiga de un pescador cubierto el cráneo coletudo por el triangular sombrero.

—Pasaré delante, capitán Maloney, porque esas pasarelas son traidoras y es un laberinto ir atravesándolas hasta llegar al domicilio flotante de Chamin.

Cuidadosamente iba Maloney siguiendo los pasos, imitando también los movimientos de equilibrista de Robert Pearson.

La luz era escasísima y sombría, dimanante de las linternas rojizas, verdes y azules de las embarcaciones ancladas.

La noche estaba impregnada de silencio y de humedad. De vez en cuando

sonaba el grito de aviso de algún barquero.

Sombras confusas aparecían echadas sobre cubierta, y otras sentadas, fumaban en largas pipas…

Por fin, Robert Pearson se detuvo ante el flanco de una barcaza pintada de ocre, en cuyo espolón de proa una linterna verde se bamboleaba, lanzando siniestros resplandores sobre las amarillentas aguas fangosas…

Robert Pearson batió palmas a un ritmo lento.

Contó Maloney cuatro palmadas, un silbido y otras cuatro palmadas.

Dos metros más allá de la cabeza de Ross Maloney hacia arriba, asomó por el borde del costado de la barcaza, un rostro borroso…

—«No hay crepúsculo para el alma filósofa» —dijo Bob.

—«Porque sonríe al dolor ante la futilidad de la vida» —replicó una voz ceremoniosa desde lo alto—. Buenas noches, *mister* Pearson.

Y una linterna proyectó repentinamente su haz de luz eléctrica sobre el camarero y Maloney.

Se apagó con tanta rapidez como había brotado, y pareció que una serpiente ancha y gruesa se deslizase por el casco rozando primero los pelirrojos cabellos de Maloney, que defensivamente avanzó ambas manos tranquizándose al notar el rugoso contacto del cáñamo de una escalera de cuerda.

Ascendió seguido por Robert Pearson. La cubierta seguía a oscuras tan sólo iluminada por la linterna verde de proa. Cuando ambos pisaron la cubierta, un haz de luz iluminó el suelo de maderas hasta una escotilla cercana.

El obeso individuo que portaba la linterna eléctrica echó a andar iluminando el camino y las escaleras que conducían al interior de la cala.

La cala estaba dividida en compartimientos que despedían un olor nauseabundo, repletos los encajonamientos de pescado en principios de putrefacción.

Maniobró unos instantes el obeso oriental, hasta que encendió una linterna sorda encima de una mesa.

—Buenas noches, *mister* Pearson. Dichoso de verle, muy dichoso.

—El señor que me acompaña es *mister* Ross Maloney, capitán mercante, íntimo amigo de *mister* Tresham, que desea le proporciones armas y cuanto te pida, Chamin.

El cantonés inclinóse. Vestía pantalones de dril azul y amplia camisa blanca. Su rostro redondo y lunar sonrió en obsequiosa mueca.

—Los íntimos amigos de *mister* Malcolm Tresham son mis dueños y pueden disponer de cuanto tenga. Mísero soy y mísera es mi propiedad, pero todo está a disposición de *mister* Ross Maloney.

Miró Maloney los grandes hacinamientos de pescado con tal expresión de asco que Chamin sonrió amablemente:

—Pescado muy del gusto de estómagos pobres chinos, *mister* Maloney. ¿Puedo humildemente inquirir cuáles son sus órdenes, *mister* Maloney?

—Me ha dicho *mister* Pearson que puedo confiar en ti, Chamin.

—Doblemente, capitán Pantera —rió el cantonés—. Por ser íntimo amigo de *mister* Tresham y por ser el «huracán exterminador» de la familia Yuan Kang. Le reconocí por sus cabellos, capitán Pantera, y su andar.

—Bueno, celebro que estés bien dispuesto hacia mí. Así no me cobrarás excesivamente. Necesito un par de *Colt* en buen estado, un fusil ametrallador «Hotckiss», a ser posible, con municiones. Dinamita y si tienes granadas de piña, me interesarían varias cajas. Pero… tengo mis dudas de que poseas armamento de tal clase.

Chamin al reír estrechó aun más la rendija oblicua de sus negros ojos.

—Me surto, capitán Pantera, de barcos que hacen contrabando del material más reciente que fabrican los civilizados europeos. Tengo cuanto desea y nuevo. Por ser amigo de *mister* Tresham se lo daré a precio de coste. Déjeme pensar cuál compartimiento le agradará más…

Anduvo el cantonés unos pasos, y señaló de pronto uno de los encajonamientos repletos de pescado semipodrido.

—Este es el que le interesará.

—¿Para qué quiero éso? ¿O es que las condiciones del trato es pagar una prima para quedarse con pescado putrefacto?

Robert Pearson fué el que ahora rió, al explicar:

—Chamin profesa la máxima confuciana de que lo aparente engaña.

El cantonés reunió entre sus manos cuatro cabos de cuerda que extrajo de debajo del hacinamiento de pescado. Pasó el nudo así formado por un garfio que enganchó en una rueda dentada.

Maniobró en una manivela y la rueda empezó a girar. Los peces muertos parecieron cobrar vida, estremeciéndose y mezclándose…

Estupefacto, Ross Maloney rascóse la sien hasta que entendió la razón de aquello que parecía magia.

Los peces estaban amontonados encima de una lona que ahora, atraída por los cuatro cabos de cuerda, iba remontándose hacia el techo abovedado de la cala…

Quedó colgando una panzuda bolsa de lona, bajo la que ahora veíanse maderos. Sujetó Chamin la rueda con un pivote de seguridad, y acercándose al entarimado levantó varios maderos.

Destellaron brillantes los cañones de fusiles, pistolas y armas de todo género, dispuestos ordenadamente.

—¡Cáscaras! Es ingenioso el escondrijo… —murmuró Maloney—. Pero si debajo esta tapadera se huelen los policías el acero, te pillan con todo el género, Chamin.

—¡Oh, no! Porque si sospechas, yo tengo botón que abre fondo, y armas se hunden en río, quedando sólo lonas y peces —rió el cantonés—. Elija, *mister* Maloney.

El americano fué probando los mecanismos de las pistolas que elegía. Por fin colocó encima de una mesa un cinturón-canana con dos fundas

conteniendo dos revólveres *Colt* bruñidos de último modelo.

Apartó también un magnífico fusil ametrallador de tambor, cuya culata acarició amorosamente.

—Es mejor que el que poseía. No debería decirlo, Chamin, porque eres un mercader y mi obligación sería fingir desprecio. Pero tienes un arsenal magnífico… Escucha, confío en ti. Escogeré más material, que iré apartando. Cuando estemos de acuerdo en el precio, ¿puedes enviar este género donde yo te diga? Puedo enviar aquí varios de mis hombres, pero quizá no sea tu costumbre.

—Yo tengo dos hijos, capitán Pantera. Con ellos llevaré donde me indique el material, sin subir el precio.

—En el varadero seco del muelle australiano están revocando un velero puesto a flote. Es mío. Pregunta por Tian, al que ya avisaré, y ellos se harán cargo de este material. Aguarda para remitirlo a que uno de tus hijos te diga que el velero está ya a punto de zarpar.

—Así lo haré, capitán Maloney. ¿No se lleva ahora ninguna arma?

—No. Para andar por Shangai prefiero ir sin carga. Ya me han advertido los ingleses y no quiero otro aviso.

Apartó Maloney varias cajas, que levantó en vilo, demostrando con ello la solidez fibrosa de sus músculos.

Eran cajas blindadas que, abiertas, mostraron un contenido de granadas de piña de largo mango y cartuchos de dinamita con rollos de mecha negra en otras. Una más diminuta presentaba alineaciones de pequeñas pelotas negruzcas, rematadas por un aro.

Señaló también una decena de cajas de munición, y por último eligió dos ametralladoras.

—Empieza a sumar, Chamin. He visto que has estado apuntando pieza por pieza. No me trates como a un pirata rico, ¿eh? No nado en oro.

Chamin dedicóse a laboriosas cuentas, adiciones, restas…

Ross Maloney apartóse hacia el lugar donde Robert Pearson se entretenía contemplando las evoluciones de un camaleón enjaulado.

—A propósito, *mister* Maloney. Me olvidaba de algo relacionado con usted.

—¿De qué se trata?

—Esta tarde, a las seis, en el «Batik», tres personas preguntaron por usted al «maitre» del bar. Les oí. Tenían acento americano.

—¿Sí? —preguntó con indiferencia Maloney—. ¿Quiénes eran?

—No sé. Dos caballeros elegantes y una señorita hermosa.

Maloney encogióse de hombros.

—No tengo la menor idea de quiénes puedan ser.

—El «maitre» les dijo que acababa de verles pasar a usted y a *mister* Tresham en dirección al frontón. Y ellos se fueron montando en un coche oscuro…

—Vaya… Tenían coche —dijo Maloney, indiferente, mirando hacia el

cantonés, y por decir algo.

Súbitamente su mano izquierda se engarfió alrededor del hombro del camarero, que le miró asustado.

—¿Un coche? ¿Oscuro? ¿Dos tipos y una muchacha?

—Sí, señor —replicó Pearson, extrañado—. Pero muy bien trajeados. Ella era rubia, alta y muy bien proporcionada.

El camarero dibujó en el aire varias curvas.

—¡Cáscaras! ¡Esos son los que…! Bueno, los que nos quisieron hablar segundos antes de entrar en el frontón. Oye, Bob, ¿los reconocerías si los vieras?

—Indudablemente, señor. Eran los tres inconfundibles. Uno de ellos, fuerte y buen mozo, reía silenciosamente, y atrajo por su varonil prestancia la mirada de varias habituales del «Batik».

—Bien, eso no interesa —dijo impaciente Maloney—. Me gustaría saber dónde podría encontrármelos.

—Uno de ellos, un caballero de modales distinguidos, pero de rostro aburrido, triste, que daba melancolía el verlo, le dijo al «maitre» que si por casualidad usted viniera al «Batik», que le telefonease al número 37 de la Concesión Francesa. Miré en el listín, y el 37 pertenece al chalet Hunjgao de la rué Grouchy.

Ross Maloney palmoteó amistosamente el hombro del camarero.

—Eres listo, Bob. Lo tendré en cuenta… ¡Mil demonios resucitados! —gritó de pronto, y Robert Pearson retrocedió angustiado al ver el rostro colérico y asombrado de Maloney—. ¿Cómo dijiste? Repite, repite…

—¿El qué, señor?

—La «pinta» de esos tres que preguntaron por mí.

—Dos caballeros con acento americano, bien vestidos. Uno tenía la jovial apariencia de un deportista…

—¿Mandíbula cuadrada, ojos azules, cabello castaño alisado en largas ondas, afeitado completamente, pesando unos ochenta kilos y de una estatura rozando el metro ochenta?

—¡Sí, señor!

—El otro, enjuto, trágico de aspecto, arrugas extrañas desde la nariz hasta los labios y ojos llenos de pena… ¿Ese era el otro?

—Exactamente, señor.

—Y ella una rubia redondita, de cara abobada pero bonita, con labios gruesos y ojos tirando a verdes… ¿Es esa la muchacha?

—Sí, señor.

Ross Maloney extrajo un pañuelo, secándose la frente.

—Ya que hablaron con el «maitre», no pueden ser fantasmas. Pero yo hubiese jurado que Clem Stack, Gene Carter y Leatrice Thorn estaban sirviendo de peso a varias barrigas de tiburón.

Aproximóse como alucinado a la mesa y se ciñó el cinturón-canana, apartando las dos fundas hasta que quedaron a ambos lados de sus caderas. De

la caja diminuta sacó dos de las pelotas negruzcas, que introdujo en un bolsillo de su guerrera.

—Me llevo este material, Chamin. Ahora dime lo que te debo.

La cantidad que citó Chamin hizo parpadear a Maloney, que murmuró:

—No mentiste al afirmar que me ibas a cobrar el precio de coste, Chamin.

De un bolsillo interior de su guerrera extrajo Maloney billetes de Banco que fué contando hasta totalizar la suma pedida por Chamin. Añadió un billete de cien dolares.

—Por el transporte del material, Chamin. Y ahora tengo prisa. Buenas noches, Chamin.

—Siempre al servicio del capitán Pantera.

—¿Te molestaría dejarme en las cercanías del chalet Hungjao, Bob?

—¡No faltaría más, señor! Le acompañaré ahora mismo… porque veo que tiene usted gran prisa por entrevistarse con sus tres amigos.

Ya en cubierta, rió Maloney estentóreamente, golpeando las culatas invisibles bajo la guerrera.

—Mucha, Bob. Me urge comprobar que no existen fantasmas.

CAPÍTULO V

ANTIGUOS CONOCIDOS

El chalet Hungjao, de la rué Grouchy, en la Concesión Francesa, el barrio más elegante de Shangai, reunía todas las comodidades.

Era una villita con dos terrazas, una de ellas protegida, como las ventanas, por telas metálicas contra los mosquitos.

Un cuadrado de césped ante la entrada, a manera de jardín, estaba cerrado por una empalizada de bambúes. Algunos arbustos y plantas crecían contra la empalizada.

Debajo de la terraza lateral de la casita lujosa se hallaba el garaje.

El chalet Hungjao había sido alquilado por tres meses por un súbdito americano, jovial y campechano, que dijo llamarse Eugene Cromer.

Pero Eugene Cromer, sentado en una mesita donde jugaba al *poker* con otro individuo y una mujer rubia en el salón-fumador del chalet, era Gene Carter, el ex campeón universitario, huido de Norteamérica tras el frustrado atraco a un Banco.

Arrojó las cartas sobre la mesa con gesto aburrido.

—Esta noche tengo la suerte de espaldas. Hasta apretando el gatillo he fallado…

Leatrice Thorn echó también sus naipes encima de la mesa, al recoger Clem Stack las fichas que acababa de ganar.

El abogado Stack, siempre ostentando una infinita tristeza en todo su

semblante, tristeza que se contagiaba a los que no estaban acostumbrados a verle, contó metódicamente las fichas y apuntó en la cartulina.

—Me debes ochenta y seis, Carter. Y tú, trece, Leatrice.

La opulenta y juvenil ex secretaria de los multimillonarios Market [1] abrió su bolso.

—Cierra eso —silbó entre dientes Gene Carter—. Entre los tres poseemos tan sólo un par de centenares. Suerte del cheque de Vera Drums, que nos ha permitido alquilar este chalet y comprar el coche. Pero yo digo, ¿es que vamos a permanecer así mano sobre mano?

—Ya me he hecho amiga del gerente del «Anglo-Indian-Bank»… —empezó a decir ella.

—Vete a dormir. Tengo que hablar con Carter.

Las secas palabras de Clem Stack no ofendieron a la orgullosa muchacha, que se levantó, y su gesto al acariciar la diestra del abogado fué sumisamente cariñoso.

—Hasta luego, Clem. Buenas noches, Carter.

Los dos hombres permanecieron en silencio, hasta que, varios minutos después de la partida de Leatrice Thorn,

Clem Stack habló con monótona entonación:

—Me harta esta mujer. Es románticamente sensual. Cuando haya conseguido sonsacar los detalles que me interesan del gerente del «Anglo-Indian-Bank», entonces respiraré…

Gene Carter rió con su peculiar risa silenciosa. Brillaba en sus ojos cierto fulgor homicida.

—Si te entristece aun más el liquidarla, puedo hacerte este favor de amigo. Creo que ella te quiere porque le proporcionas siempre la emoción de no saber si vas a abrazarla o a matarla.

—Es una muchacha de aspecto sano, pero íntimamente es un complejo morboso de freudianismo… como tú y yo.

—Tuvo, sin embargo, dos felices ocurrencias: hacernos invitar a bordo del yate, y, cuando ya todo parecía perdido, conseguimos salvar nuestras vidas gracias a ella.

—No negaré que tuvo la buena idea de lograr quitarse las ligaduras apenas hubo salido el maldito Maloney, y, tras matar al maquinista, nos dió la gran idea, casi genial: el aumentar la presión de las calderas, mientras nosotros bajábamos la canoa motor. La explosión impidió que se oyera el petardeo del motor alejándose, así como también el humo nos sirvió de eficaz pantalla. Pero he de matarla… Tarde o temprano nos estorbaría… y estoy ya harto de ella. Nunca he conocido nada más torturante que ser amado sin amar.

—¡Dímelo a mí! —dijo con fatuidad Gene Carter—. El empacho de mujeres es tan irritante como la falta de ellas.

—Dejemos esta conversación, que parece propia de contertulios de club de cazadores. Por ahora ella tiene una utilidad: ha conseguido fascinar al estúpido gerente del Banco. Mañana la invitará a cenar y, tan pronto sepa yo

lo que me interesa, daremos el atraco. Después… cirujano facial, y con el dinero podremos reemprender nuevos negocios en este vasto continente que ofrece glandes posibilidades.

—Pero, ¡no nos iremos de Shangai sin haber liquidado a Maloney! Quisiera tenerlo delante mío… Casi celebro haberle fallado, porque era una muerte demasiado benigna para el que nos estropeó el mejor negocio que habías planeado.

—Le salvó el que le acompañaba. Pero la próxima vez no caerá tan oportunamente, sino que caerá acribillado, porque yo también dispararé.

Gene Carter sintióse ofendido.

—¡No le fallé! Fué por un segundo y porque intervino el que le acompañaba. He sido campeón de tiro de pistola… y muchas veces te he demostrado prácticamente que no fallo una con ésta, que…

Dióse Carter unos golpes en la parte superior de su pechera, cerca del sobaco, donde la funda axilar sostenía su pistola ametralladora.

Inesperadamente, Clem Stack avanzó una de sus manos, imponiendo silencio al otro. Un leve zumbido sonaba en el centro de la habitación.

—Alguien anda en la terraza —susurró Snack—. Acaba de sonar el zumbador de alarma.

Gene Carter saltó en pie y silenciosamente dió vuelta al conmutador, quedando a oscuras el salón-fumador.

Los dos *gangsters* se agazaparon tras un sillón en cada una de las esquinas de la sala en tinieblas.

Pistola en mano miraban hacia el rectángulo de cristales que comunicaba con la terraza…

***

Robert Pearson se detuvo apenas hubo entrado en la rué Grouchy. A lo lejos un reloj cantó con sonoros repiques dos campanadas.

La amplia avenida estaba desierta en su calzada. A trechos espaciados por jardines y a ambos lados de la calle alzábanse chalets de variados estilos arquitectónicos.

—El chalet de techo imitando pagoda es el Hungjao —explicó Bob.

Ross Maloney tocó en el hombro a Robert Pearson.

—Gracias, muchacho. Ahora ya puedes dejarme.

—Si mi compañía no le es inoportuna, me agradaría esperarle. Podríamos luego hacer un «raid» por la ciudad. Al amanecer, Shangai es bonito. Un espectáculo inolvidable…

—Tengo ya confianza en ti, Bob. Debo advertirte que esos pretendidos amigos que voy a visitar no son tales amigos. Son tres *gangsters* que yo creí habían saltado en pedazos cuando estalló el yate que pensaban convertir en una mina de oro. Como comprenderás, no tocaré el timbre ni me haré anunciar.

—Me gustaría ayudarle, capitán Maloney. Podría yo estar a la vista de que no rondase algún agente del tráfico.

—Bueno. Pero no te acerques demasiado a la casa.

Ross Maloney aproximóse a la empalizada de bambúes, mirando a su alrededor. Todo estaba desierto.

Dió un brinco y cayó al otro lado de la empalizada, encontrándose en un jardín donde el césped amortiguaba el pisoteo de sus zapatillas de tenis.

No había más luz que la difuminada que brotaba de unas cristaleras que se abrían sobre la terraza protegida por tela metálica.

Dirigióse hacia allá, abriendo su guerrera y atrayendo hacia el centro del cinto las dos *Colt*, sobre cuyas culatas apoyó ambas manos.

Tanteó con el pie la puerta metálica que daba acceso a la terraza, y sin ruido la puerta osciló sobre sus goznes.



Pistola en mano miraba…

Pero apenas entró en la terraza, una repentina oscuridad reinó por completo. Acababan de apagar la luz.

Adhirióse Maloney a la pared, encaminándose andando lateralmente hacia las cristaleras.

Cuando la pared cesó bruscamente, anunciando con su depresión el espacio donde se encajaban las cristalera?, Ross Maloney tanteó con el pie.

Velozmente extrajo uno de los revólveres, dirigiéndolo hacia la sombra que lateralmente avanzaba por la terraza y que acababa de rozarle.

Sintió en su mano un contacto metálico y frío, tubular. Enfundó la pistola, porque acababa de reconocer en la sombra silenciosa a Robert Pearson.

Sonrió agradeciendo la utilidad de la intrusión, porque el objeto que le había entregado el camarero del «Batik» era una linterna eléctrica.

Presionó el botón dirigiendo un haz de luz oblicuo hacia el salón. El redondo halo luminoso fué recorriendo el mobiliario.

Una habitación desierta, donde sólo había aparentemente un diván, una mesa, cuatro sillas, dos sillones, una estantería y un bar.

Pero de pronto Ross Maloney saltó hacia atrás cuando se disponía ya a entrar. Un destello de luz había hecho aun más relumbrantes dos zapatos charolados que se destacaban tras el rojo cuero de un sillón allá en una esquina.

La rapidez de su salto fué suficiente para guarecer su cuerpo de los silbidos sordos que iluminaron uno de los respaldos del sillón.

Era una pistola con silenciador, y Ross Maloney extrajo de su bolsillo las dos pelotas negruzcas que había cogido de la pequeña caja blindada en el «arsenal» de Chamin, el cantonés.

Mordió uno de los aros metálicos que remataban las dos pelotas y arrojó una de ellas al interior del salón-fumador.

La linterna eléctrica, caída en las losetas de la terraza, proyectaba hacia el interior su luz en arroyo plateado a ras del suelo.

Escupiendo el aro metálico, Ross Maloney mantuvo el cañón de la *Colt* que empuñaba a la altura de su sien, dispuesto a abatirlo y disparar al menor movimiento.

Oyóse una sorda explosión y una nube blanquecina envolvió en bruma densa uno de los sillones.

Sonaron unas toses irritadas, y Gene Carter aulló entrecortadamente:

—¡Bombas… lacrimógenas!

—Un muchacho listo y perspicaz —comentó Maloney en voz alta.

Una serie de plomos desconcharon la pared junto al cuello de Ross Maloney.

Mordió el segundo aro metálico y lanzó la otra bomba lacrimógena hacia el sillón desde el que Clem Stack acababa de disparar.

La nueva explosión formó una densa neblina, y Maloney, sirviéndose de ella como velo protector, irrumpió a saltos en zig-zag dentro de la habitación.

Lanzóse al suelo tras el diván, y el acre aroma pestilencial, con su químico olor a cebolla y huevos podridos, le hizo lagrimear inconteniblemente.

Con los pulmones resollando en fatigosos espasmos, Clem Stack y Gene Carter tosían dolorosamente.

Gene Carter, vencido por el quemante escozor, proyectóse hacia delante encorvado y disparando cegado por el espeso humo mortificador e irresistible.

Giraba la muñeca armada en arco horizontal, destrozando a media altura el mobiliario.

Un rastro de cortantes quemazones despellejó el respaldo del diván tras el que se parapetaba Maloney, quien, semiasfixiado por la irrespirable atmósfera, disparó a su vez, agotando un cargador contra Gene Carter.

Desenfundó rápidamente el otro revólver, dejando caer el inservible.

Tosiendo y llorando vió venir hacia él un rostro impresionante por la infinita tristeza que plasmaba.

Clem Stack murmuraba horrendas blasfemias de loco. Disparaba enloquecido, intentando evadirse del cerco de gas.

Clem Stack apretó el gatillo por última vez en su vida, y cayendo de bruces quedó arrodillado con la frente perforada a balazos contra el suelo en macabra postura.

Su índice, agarrotado por la muerte, quedó crispado en el gatillo, y el resto del cargador vacióse, rebotando las balas contra el suelo como guijarros planos que por juego se lanzasen a flor de agua.

Ross Maloney levantóse y, vacilando a efectos de la tos, anduvo hacia la cristalera en busca de aire sin viciar.

—¡Cuidado!

El grito de alarma de Robert Pearson desde la terraza le hizo tumbarse cuan largo era en instintiva defensa.

Perplejo, tardó en comprender que la nueva agresión no partía incomprensiblemente de los dos cadáveres, sino de la terraza.

Una sombra verde, envuelta en humo de pólvora, acababa de arquear el cuerpo de Robert Pearson, que, alcanzado por tres balazos, fué doblando lentamente las rodillas.

Reprimiendo una imprecación furiosa, Ross Maloney, sintiendo de nuevo la asfixia que invadía sus pulmones, presionó el índice izquierdo en sacudidas ciegas hacia la sombra verde que entreveía confusamente.

Levantóse, no pudiendo resistir más la opaca e irrespirable atmósfera del salón.

Avanzó a ciegas, ávido de aire. Entró en la terraza con un único propósito indominable: aspirar aire, sólo aspirar aire. Ahuyentar de sus pulmones el pestilencial y sofocante gas pegajoso de las dos bombas lacrimógenas.

Su cerebro no obedecía ya al instinto de conservación. Tiró al suelo el revólver, frotándose con ambas manos los ojos irritados.

Poco a poco desapareció el velo lacrimoso que le escocía los párpados, y su pecho se dilató, renovado el aire que respiraba.

Y por vez primera se dió cuenta de que la sombra verde que había herido a Robert Pearson era Leatrice Thorn, envuelto a medias su cuerpo en un batín de color esmeralda.

La hermosa y vulgar belleza era ahora un cuerpo inmóvil, sin vida.

Un agudo alarido quebró el repentino silencio que había sucedido al rápido combate.

—La policía de patrulla —susurró una voz desde el suelo—. Váyase, capitán Maloney.

Ross Maloney doblóse por la cintura y cargó sobre su hombro al camarero. Saltó de la terraza al jardín dejando tras él y su carga humana una puerta abanicando el aire ruidosamente.

Las sirenas policiales de un coche patrulla británico iban aproximándose,

aumentando en intensidad.

Maloney abrió a manotazos la puerta corredera del garaje instalado bajo la terraza.

Maldijo, al entrar, la colocación del «Buick» oscuro, que presentaba su parachoques posterior.

Pero a la vez que en la penumbra depositaba a Robert Pearson en el asiento junto al volante, contempló reanimado la otra puerta que en el otro extremo del garaje conducía a la fachada trasera del chalet.

Saltó al volante y torpemente desembragó, presionando el acelerador a fondo, tras dar la vuelta a la llave del contacto.

El «Buick», con varias sacudidas violentas, rugió roncamente y, veloz, arrancó a saltos hacia la salida posterior del garaje.

Los maderos crujieron astillándose al embate del parachoques delantero. Los guardabarros chirriaron, terminando de perforar y derribar la puerta.

Y el «Buick», cubierto el radiador por trozos de madera, corrió a toda marcha atravesando el corto trecho de césped y derribando en segunda acometida la empalizada posterior de bambúes.

Salió a una amplia explanada arenosa. Dando tumbos laterales y vaivenes, el coche gimió en mecánicas protestas contra el maltrato, pero Ross Maloney, mandíbulas crispadas y rígida la pierna derecha, pisaba el acelerador a fondo.

Atravesaba ahora el «Buick» un campo cultivado, y poco después una abrupta pendiente aumentó la velocidad del poderoso motor.

Las sirenas policiales eran ya un lejano chillido ineficaz.

Los sobresaltos de la accidentada carrera habían ya barrido del capot los restos de madera. Encendió Maloney los faros y brilló la cinta asfaltada a cuyos dos lados corrían veloces en inútil persecución hileras de árboles frondosos.

—Ya no hay peligro, Bob —sonrió Maloney, agachando la cabeza para secarse la frente sudorosa con el revés de la manga.

Al no oír respuesta, fué disminuyendo la velocidad, y por fin hizo entrar al «Buick» en un cobertizo de los que en el campo shangaiense almacenaban paja para el ganado trashumante.

Frenó con brusquedad y el coche quedó escondido entre dos altos montículos de paja.

—¡«Hey», Bob!

El camarero movió la cabeza desde el suelo del coche, donde le había hecho caer la torbellinesca carrera de obstáculos.

—Me liqui… daron, mi… comandante —murmuró entre dientes.

—Soy yo, Bob. ¡Qué comandante ni qué cáscaras! Veamos las pupas…

Lo levantó en vilo, sacándolo del coche y tendiéndolo encima de un haz de paja.

Ross Maloney sabía ya adivinar sin error cuando un hombre se moría, y no encontrando palabras, miró arrodillado y en silencio al moribundo que se

disponía a auxiliar.

Pero era inútil. Robert Pearson, perforado el estómago por tres manchas negruzcas veteadas de burbujas rojizas, deliraba:

—Hermoso… e inolvidable es Shangai al amanecer, *mister* Tresham… No me llame «cretino sentimental»… porque estamos a solas… Nadie nos oye, *mister* Tresham… y ahora… puedo darle su tratamiento, mi comandante… porque, porque tengo orgullo de servir con usted… Usted, el *as* del contraespionaje inglés…

Una espuma sanguinolenta manchó los labios de Robert Pearson, que forzó su última sonrisa, diciendo:

—Es maravilloso… pensar que usted, *mister* Tresham… es para todos el perfecto canalla… y para Inglaterra es el comandante Tresham, el sin… igual número veintinueve del Intelligence… Mucho sacrificio… para quien escogió la peor… pantalla por servir a la patria y…

Un hipo angustioso cerró los párpados de Robert Pearson y contrajo los músculos de su cuello, manteniéndole la boca abierta en rígida mueca facial.

Levantóse Ross Maloney, mirando absorto al hombre que acababa de morir revelando el secreto del misterioso inglés de la eterna sonrisa diabólica y cínica originada por su cicatriz patibularia…

CAPÍTULO VI

UN LICENCIADO EN CIENCIAS EXACTAS

Malcolm Tresham, cuando no quería dormir, empleaba un procedimiento personal. Ejercitaba los músculos de sus piernas andando sobre la punta de los pies y, cuando se cansaba, dedicábase a abrir y cerrar los dedos de sus manos alternativamente para endurecer sus antebrazos.

Pero en la buhardilla de los difuntos hermanos Goldinsky y en la espera del «ciclista negro» su oído estaba atento al menor rumor.

Quedóse con la diestra en postura napoleónica, hundida en el bolsillo especial que en su americana de *smoking* enfundaba su pistola, cuando vió que el pomo de la puerta de entrada giraba lentamente.

Ross Maloney entró, cerrando tras sí la puerta, contra la que se adosó.

Había decidido por el camino que el «secreto» del agente número veintinueve, «el *as* del contraespionaje inglés», seguiría siendo, por lo que a él mismo se refería, un secreto.

Malcolm Tresham observó las dos fundas vacías del cinturón-canana que veíase por entre la guerrera desabrochada.

—Tuve que abandonar las dos «herramientas» en un chalet — explicó el americano—. Puede dejar de rascarse el sobaco, Tresham. Le notifico lealmente que por ahora no quiero pelear. Esta noche he tenido ya más que

suficiente con la ración que acabo de administrarme.

—Sus ojos tienen ribetes rojos. ¿Le hace llorar el claro de luna, joven yanqui? —preguntó Tresham con su sempiterno tono indiferente.

A la vez que hablaba sacó su pitillera, de la que extrajo un cigarrillo.

—Fueron dos píldoras lacrimógenas.

—¿Un obsequio de algún policía admirador suyo, o torpeza al manejar las cajas blindadas del depósito de Chamin?

—Fueron las dos bombas con las que saludé a unos antiguos conocidos míos: Clem Stack, el abogado de San Francisco, y Gene Carter, su socio de crímenes.

Malcolm Tresham encendió su cigarrillo antes de contestar:

—La Prensa los daba por muertos irremisiblemente en la explosión del yate «Safo».

—Pues estaban vivos… hasta hace unas horas. Fueron los que nos dispararon desde el coche esta tarde.

Malcolm Tresham sentóse en el camastro, cruzando las piernas extendidas.

—Buen material el que vende Chamin. Oiga… Desde que ha entrado —y Tresham miró de soslayo al americano con sus pardos ojos malignos— me contempla usted con una nueva expresión, algo así como si me viera por vez primera. ¿Favorece mi natural belleza la noche en vela?

—Sigue usted siendo un chimpancé antipático —rezongó Maloney, irritado consigo mismo por haber dejado traslucir su reciente descubrimiento.

Comprendía ya plenamente que así como el rostro patibulario del inglés era su mejor máscara, también sus delitos obedecían siempre a un móvil.

—Darwin enloquecería de entusiasmo vanidoso si me viera. Pero tal como soy me gustó mucho. Soy feísimo, pero interesante y arrebatador.

Ross Maloney avanzó y, restableciendo en su posición normal el taburete que Reuben Goldinsky le había lanzado horas antes, se sentó.

Malcolm Tresham fué a la ventana tras apagar la linterna. Alzóse las solapas del *smoking*, cubriéndose la pechera blanca y almidonada.

—Desde aquí veo la calle —dijo después de un largo silencio—. Si viene el «ciclista negro» dejaremos de hablar. Mientras, para que nos mantengamos despiertos, siga diciendo estupideces, Maloney.

—He matado a una mujer.

—¡«By Jove»! Tiene usted un concepto muy especial y personalísimo de lo que son las frases estúpidas.

—Maté a Leatrice Thorn… No sabía que era una mujer. Ya no puedo llamarle asesino, Tresham… ni repugnante canalla. Estamos en iguales condiciones: usted mató a Sandra Vronin y yo he liquidado a Leatrice Thorn. Pero no pude evitar que Bob muriera de resultas de los tres balazos que ella le disparó.

Sentado en el alféizar de la ventana abierta, Malcolm Tresham, sin dejar de mirar abajo hacia la calle, habló lentamente:

—Bob era un excelente camarero y un sujeto honesto.

—Murió instantáneamente —dijo Maloney, agradeciendo la oscuridad y que el número veintinueve le volviera la espalda y no pudiera, por tanto, verle enrojecer por el pueril esfuerzo que le producía el mentir.

—Mejor que así fuera. Una muerte rápida es envidiable. Debe ser aburridísimo irse momificando en un lecho. ¿Dónde dejó a Bob?

—Cuando terminé con el trío de *gangsters* se me echaban encima los polizontes ingleses, que acudían en coche, seguramente avisados desde algún chalet vecino. Me llevé a Bob en el coche del trío. Lo he enterrado en un campo cercano a la carretera, donde está el cobertizo. Es la carretera de Suchow. Allí quedó también el «Buick» camuflado.

—Buena organización, Maloney. Usted es un muchacho que llegaría lejos si no fuera que ha elegido el camino que le conducirá a estercolar con sus huesos algún rincón de Asia.

—Tampoco usted morirá sexagenario. Ya que me aconsejó que enjaretara estupideces, dígame, ¿por qué no se casa?

—No sabía que me tuviera usted un odio tan africano.

—Una esposa… hijos, un hogar…

—Empiece predicando con el ejemplo. En usted no cabe pensar que me hace tal sugerencia impulsado por el monstruo lívido de la envidia, ya que también, como yo, es soltero.

—¿Qué tiene que ver el que yo sea soltero con lo que le he sugerido, con la idea de que, casado… pues, sería usted otro?

—Una observación curiosa que he experimentado es que mis conocidos que están casados manifestaban un gran empeño en que yo me casase. Sin embargo, el ser humano tiene la especial predisposición a nunca desear para sus semejantes aquello que experimentalmente ha comprobado que es ventajoso. Por tanto, si los casados me recomendaban que yo me casase… Saque las consecuencias y haga deducciones, si es que sabe.

—Me revientan sus alardes de cínico. ¡Cáscaras! ¿Es que no cree en la bondad humana?

—¡Oh, sí! Creo ciegamente en ella desde que me lo demostraron prácticamente en un tranvía. Fué allá en España, hace años. Forcejeé para saltar a un estribo repleto, y me hizo babear de agradecimiento el ver que, en lugar de protestar, uno de los que ya estaban acrobáticamente asidos me cedió milímetros de sitio, abrazándome amorosamente con su brazo izquierdo. Me reconfortó ver su fraternal solicitud… hasta que, media hora después, en un dispensario, al recuperar el sentido, comprendí que me había abrazado para emplearme de parapeto contra los postes. Fué una de mis tantas desilusiones.

—Rezuma usted hiel envuelta en papel de seda de los finos.

—No es hiel. Es una coraza protectora… Sé que habría mujeres dispuestas a casarse conmigo. Al fin y al cabo, un marido es un marido. Mita soñada de Eva. Pero no me caso, porque soy un romántico y, como tengo música en el alma, no quiero estropear mi melodía, ya que a cuatro manos y

dos corazones las sinfonías siempre terminan en discordancias. Empecé a ser feliz el día en que decidí no poner ilusión en nada ni en nadie. Sólo puede tener probabilidades de éxito aquello que sólo depende de nosotros mismos.

Las frases desconcertantes del inglés producían en Maloney un extraño desasosiego que no sabía explicarse.

—Es posible, joven búfalo pelirrojo, que piense usted que yo soy un amargado rencoroso lleno de bilis por los desaires femeninos, dada mi carátula. Pero muchas de ellas, más de las que puede figurarse, me han encontrado atractivo, y he llegado a comprender que la mujer se enamora del hombre por sus defectos y lo detesta por sus cualidades. Por eso se enamoran perdidamente de mí. Me juzgan un delicioso conglomerado de defectos sin cualidad.

—¡Usted es un… no sé qué, cáscaras! Dice esas… esas monstruosidades porque le encanta suscitar la crítica de los demás. Pues sepa, so filósofo, que la opinión ajena importa mucho.

—Esto que acaba de decirme, hombre ingenuo, trae a mi mente el cuento del molinero, su hijo y su borrico. Marchaban los dos hombres al lado del animal, en medio de las burlas de los aldeanos. «¡Serán imbéciles! Andar a pie, cuando poseen un burro» «Tienen razón», dijo el padre, y montó encima del burro. «¿No tiene usted vergüenza?», le increpaba la gente. «Usted, hombre maduro y fuerte, ¿andar tan cómodo, mientras su pobre hijo apenas puede tenerse en pie?» «Otra vez tienen razón», se dijo el buen hombre. Bajó y mandó a su hijo que subiera. «¡Hijo desnaturalizado!», grito la multitud. «No faltaba sino que el mozo descansara mientras su pobre padre, viejo, suda como una gotera.» «Otra vez tienen razón», admitió el molinero. ¿Qué hacer? Los criticones todo lo encontraban mal. Tuvo una ocurrencia que se le antojó genial. «Si montáramos los dos en el burro…» Así lo hicieron; pero la gente estalló en improperios: «No tenéis corazón; sois peores que las bestias. ¡Pobre animalito, lo que ha de soportar!» «No cabe duda de que esta vez les sobra razón.» Padre e hijo bajaron y, no sabiendo ya que hacer para contentar a todo el mundo, se cargaron al burro sobre sus hombros, formando un bello cuadro plástico de tres burros. Hacían el burro, y lo mismo hacen los que, por temor al qué dirán y por culpa de su carácter vacilante… ¡Tejón sobre la sarta de viscosas filosofías!

Contra el fondo gris del amanecer se destaca la silueta de un caballero chino menudo y elegantemente ataviado de negro, montado en una bicicleta…

—«¡Hey!» ¿Qué hago yo ahora?

—Estése junto a la puerta, de forma que al abrirse ésta le oculte.

—¿Y después?

—Continúe sentado. ¿No tenía usted interés en saber si yo era el cerebro que planeó los crímenes del «Jai-Alai»?

—Sí.

—Entonces cállese y déjeme hablar sin sorprenderse.

—Ya nada que de usted proceda puede asombrarme.

—Mejor.

—¿Piensa torturar al tipo ese?

—No. Un chino resiste toda clase de tormentos sin despegar los labios, cuando se lo propone. Lo he comprobado personalmente. Emplearé otro procedimiento. Ahora el caballero de negro acaba de bajar de su bicicleta.

Separóse Tresham de la ventana y fué a colocarse tras la mesa, dando frente a la puerta, y extrajo su caja de cerillas, bajando la linterna hasta que quedó encima de su cabeza.

Los minutos de silencio que siguieron le parecieron larguísimos a Ross Maloney, que se puso en pie a un lado de la puerta.

Oyó un tenue rumor. El pomo de la puerta giró; el batiente de madera quedó a modo de biombo en ángulo recto, ocultando a Maloney.

—Goldinsky… Reuben, Igor… —musitó una voz de timbre claro, que en perfecto inglés añadió—: Despertad. Como prometí, os traigo la ocasión de ganar otros doscientos dolares.

Oyóse un ruido de arañazo, como si una púa rascase una superficie arenosa.

Malcolm Tresham acababa de encender la cerilla que, aplicada en la mecha aceitosa, desparramó luz.

—Hola, hijo de Confucio —saludó Maloney, cerrando la puerta a espaldas del chino.

El visitante miró alternativamente a los dos blancos. Era un hombre de mediana edad, enteramente vestido de negro.

Su americana tenía un corte de levita y, abrochada alta, sólo dejaba entrever el círculo blanco de un cuello de celuloide.

Unas grandes gafas de cerco negro y unos bigotes lacios le concedían cierto aspecto de intelectual. Tras el primer parpadeo de búho asustado, quitóse el sombrero de negro fieltro y dijo con voz clara:

—Temo haberme equivocado, caballeros. Tendrán que excusarme. Vine a visitar a los hermanos Goldinsky. Soy Elmer Li-Kai, graduado en Pekín en ciencias exactas en la Universidad inglesa.

—Aquel caballero junto a la puerta y a sus espaldas, Elmer Li-Kai, es un jovial capitán mercante llamado Ross Maloney. Le conocen también por el apodo de Capitán Pantera. Yo soy Malcolm Tresham, inglés, graduado con mención de honor en el arte de vivir sin escrúpulos. Hechas las presentaciones, queda cumplido el primer rito social.

—Con el permiso de ustedes, me retiraré, en vista de que los hermanos Goldinsky están ausentes. ¿No sabría decirme, *mister* Tresham, dónde podría encontrarlos?

—Allí debajo de aquel camastro, si aparta la ropa que le obstruye la visibilidad, lance una ojeada a través de sus antiparras, *mister* Li-Kai. Los dos hermanos Goldinsky yacen apuñalados. Puedo garantizarle que están definitivamente muertos hasta el día del Juicio Final.

—¡Qué percance tan infortunado! Eran dos caballeros pletóricos de vida

y energía…

—Y rebosantes de malas intenciones. Denunciaron al capitán Maloney y quisieron pasaportarme hacia el otro mundo. Antes de matarlos, velando por mis intereses monetarios, averigüé que usted les proporcionaba oportunidades de ganarse con decoro el sustento.

—Algún que otro trabajo…

—Contémpleme de perfil. Verá que resplandece en él el trazo psicológico que habla de mi gran ardor y predisposición hacia los trabajos decorosos en que me pueda ganar dolares. También el caballero Maloney. Ambos atravesamos una crisis de escasez de fondos.

—Creo recordar que oí citar la fama de ambos, muy señores míos —dijo Elmer Li-Kai con entonación oficinesca—. Hasta creo recordar que usted, *mister* Tresham, se interesó profundamente por los desagradables percances ocurridos en el local donde juegan al deporte español de la pelota vasca.

—Sí. Me interesó profundamente, porque olfateé que un asunto que aparentemente nada tenía de monetario, debía ser precisamente muy productivo. Usted tiene rostro inteligente, *mister* Li-Kai. Compréndame, si raptan a una millonada norteamericana, se sabe que eso producirá. Si raptan a jugadoras que tienen un sueldo y algún que otro emolumento particular, que mi discreción me veda citar, ¿qué negocio hay en ello? Al parecer, ninguno. Por lo tanto, hay un chorro de dinero. Porque esos raptos obedecen a un motivo originalísimo. ¿Cuál? No me interesa. Pero ya que he eliminado a los Goldinsky, y ando mal de fondos, medite, *mister* Li-Kai, en lo útil que yo puedo serle.

—Y yo —gruñó Maloney, sin saber adónde iba el inglés.

Elmer Li-Kai cubrióse de nuevo el lacio cabello engomado con el sombrero y se sentó.

Estuvo unos instantes en silencio, impasible.

—No pienso ofenderle, *mister* Tresham, si aludo a su fama.

—Me ofendería si ignorara mi fama.

—Mata usted a sueldo, ¿no?

—Según las tarifas, también torturo.

—Un azar providencial me trajo aquí. Brillará mañana noche la luna con nimbo rojo, nuncio de vientos. Vine para encomendar a los Goldinsky una doble tarea, para la que les hubiese recomendado enrolasen a varios hampones.

—Yo y *mister* Tresham sumamos un valor de diez hampones —dijo Maloney, que se había aproximado.

—Cierto —dijo Elmer Li-Kai, sonriendo, descubriendo unos largos dientes muy blancos—. Pero la labor que los Goldinsky tenían que verificar esta noche a las once a más tardar, en esta noche de sábado, era ardua.

—Ya oyó a mi ayudante accidental —dijo Tresham—. No hay labor ardua para nosotros.

—No pongo en duda su valor, muy señores míos. Pero se trata de una

espinosa tarea. Hay un obstáculo primordial. Una estrecha vigilancia. Cinco policías en cada uno de los dos sitios donde se halla lo que deseo llevarme.

—Cinco polizontes por barba, son quinientos dolares, *mister* Li-Kai. Lo toma o lo deja.

—No reñiríamos por dolar de más o menos, *mister* Tresham —dijo conciliatorio el chino—. Si consiguen eliminar a los diez policías ya todo se reduce a algo fácil. Apresar dos blancas, verter un frasquito con liquido rojo que es sangre, para crear sensación de crimen, desgarrar ropas, dejar dos cartulinas… y traer las dos prisioneras al kilómetro seis de la carretera Noroeste, a las once de la noche como máximo.

—Aceptaríamos con una condición, *mister* Li-Kai. Usted es un secretario, un satélite, usted no es el amo. Yo quiero hablar con el amo, para que me encomiende servicios.

Elmer Li-Kai fingió meditar. Interiormente rebosaba de gozo. No sólo aquellos dos odiados blancos le iban a servir, sino que queriendo hacer un chantaje al Muy Honorable Mandarín Hang Ping, adornarían con sus cadáveres mutilados el recinto donde Hang Ping vivía…

—Habitualmente, los que he empleado no imponían condiciones, *mister* Tresham.

—Ninguno de ellos tiene mi categoría.

—Solían traer las presas y en coche yo me las llevaba.

—Nosotros tenemos coche propio. Un «Buick», y dése cuenta de lo comercial de nuestra organización… que hasta libramos el género a domicilio.

—Bien. Esta noche a las once, en el kilómetro seis aguardaré en otro coche. Si realizan con éxito la labor, mi coche les abrirá el camino hasta el punto final del viaje. No temo ninguna trampa porque sé que ustedes respetan la ley del hampa.

—¿Quiénes son las dos blancas que hay que matar?

—No, no… Simplemente raptar y sobre todo, cuidado de no causarles el menor daño. Llámanse Zarzalinda y Pepi.

—Las conozco mucho de vista. Las cazaremos intactas.

Levantóse Elmer Li-Kai.

—Una advertencia. Si alguna ambición desmedida, *mister* Tresham, le impulsara a hacerme seguir de lejos por compañeros hampones, fracasaría. Porque tengo instalado un servicio de vigilancia a partir del kilómetro seis, que me daría cuenta de si éramos seguidos.

—Monte tranquilo en velocípedo, Elmer Li-Kai. Por ahora, *mister* Maloney y yo no admitimos socios en este negoció. Siendo dos, tocamos a más.

Elmer Li-Kai extrajo una cartera y contó cinco billetes de cien.

—La mitad por adelantado. Muy señores míos. ¿Necesitan alguna indicación más?

—Ninguna. Quedamos documentados.

Elmer Li-Kai, sin más saludo, abandonó la buhardilla.

Instantes después desde la ventana, Ross Maloney y Malcolm Tresham vieron alejarse la silueta de un ciclista perfilándose contra el horizonte ya diurno.

—Me recuerda la imagen de un honesto oficinista holandés yendo a su trabajo —comentó Tresham.

—Yo no sé qué hemos, conseguido.

—Por de pronto cinco billetes de cien.

—Pero… ¡Es imposible ese trabajo! Hay que matar diez policías y raptar dos muchachas.

—Bien, ¿Y qué? Mataremos los diez policías y cazaremos a las dos mariposas de la raqueta.

CAPÍTULO VII

UNA LABOR FÁCIL

—¡Cáscaras! —rezongó Maloney, bajando las escaleras tras Tresham—. Usted está como una chiva… ¿Cómo diablos es posible esto que acaba de decir? Yo comprendo que usted intentó hacerle tragar al chino bigotudo que le podíamos servir mejor que los hermanos Goldinsky, pero… todo se ha ido al agua.

—Parece cándido el amigo Li-Kai —dijo Tresham al salir a la calle, y echando a andar—. Quizá nos creyó. Quizá piensa que queremos saber quién es el jefe para intentar un chantaje. Quizá nos lleve al destino que me interesa conocer…, y que resolvería ese misterioso asunto. Quizás en algún punto del interior nos liquiden con el «Buick». Sería cuestión de ver de cerca esos «quizá». Claro, que si a usted no le interesa…

—Yo empecé y dispuesto estoy a acabarlo. Pero… ¡nueces! ¿Matar diez policías ingleses y llevar a la muerte a dos muchachas? No, no y no.

—Entiendo, búfalo. ¿Usted continuaría el asunto si yo le diera palabra de canalla de que no pienso matar a ningún policía y afirmo que nada les pasará a las dos muchachas?

—Pero… ¿eso cómo va a poder ser? Ellos pegarán tiros… y ellas pues no querrán venir…

—Yo le convenceré de todo lo contrario. No rozaré siquiera un cabello de policía… He meditado un plan que cuando usted lo sepa le hará babear de admiración reconociendo la inmensidad cerebral de mi masa gris. Usted limítese a tener el «Buick» aguardando a las diez y media en el cobertizo.

—Estoy sin «herramientas». Iré a ver a Chamin.

—Tráigame un fusil para mí también.

—¡Oiga! Como se traiga a las dos muchachas, pues… le frío a tiros.

—Podría decirle que dos vidas más bien valen sacrificarlas para encontrar

la pista de los otros crímenes y terminar con ellos. Pero Zarzalinda es preciosa y Pepi encantadora. La primera será en su día una magnífica matrona y rodeada de hijos robustos, y no quiero ayudar a los postulados malthusianos. En cuanto a Pepi, cuando juega me da la impresión de una encantadora oca colegiala. Un patito pequeño… En fin, son extravíos. Ambas me son muy agradables, y no quiero que les ocurra ningún percance, como dice Elmer Li-Kai. Voy a preparar mis baterías. Usted, mientras, vaya a suministrarse en el arsenal, camuflando el armamento, cuanto más copioso mejor, en el coche. Le advierto que conozco tanto el manejo de la ametralladora, como el de las bombas de mano y la dinamita.

—¡«Okey»!. Hasta las diez y media en el cobertizo número 34 de la carretera de Suchow.

—Será fácil poner en marcha el «Buick» tras el coche de Elmer Li-Kai, pero después…

—Después… es para más tarde. Ya veremos sobre el terreno lo que ocurre. Pero, oiga… Nada de traer a las dos muchachas. Es de presumir que habrá ruido y no vamos a exponerlas a que…

—Aquiete su sensible corazoncito, *mister* Maloney. Le dejo.

Ross Maloney agitó la mano y se dirigía ya en sentido opuesto al que tomaba Malcolm Tresham cuando volvióse al oír decir:

—Percibo últimamente simpatía en su voz, *mister* Maloney. ¿A qué se debe?

—¿Le molesta? —preguntó Maloney sin saber qué otra respuesta dar.

—Me agrada. Pero, ¿a qué se debe?

—A que… no hay quién me quite de la cabeza, que en usted hay un buen fondo. Y… ¡cáscaras!, váyase usted al diablo con su sonrisa de chimpancé sabio. ¡Es usted exasperante! Hasta luego.

Ross Maloney alejóse a largas zancadas, y el comandante Tresham silbó la canción de los brindis: «Es un jovial y buen compadre», mientras dirigíase hacia las habitaciones que ocupaba en el «Batik».

***

A las once de la mañana, tras un baño, Malcolm Tresham que había ya telefoneado al capitán Terence Partridge, encontró como esperaba cuatro soldados y un oficial de Fusileros Navales en el umbral del «Batik».

—Síganos —dijo secamente el oficial, sin saludar—. Órdenes superiores.

—¿Otra vez? —fingió protestar Tresham—. Empiezan ya a ponerse pesados…

—Guarde silencio —advirtió con tiesura el teniente.

Un cuarto de hora después entraba Malcolm Tresham en el despacho de Terence Partridge, quien al cerrarse la puerta, se cuadró poniéndose en pie.

—Buenos días, Partridge. Necesito que coloque en los alojamientos de las raquetistas Zarzalinda y Pepi, diez agentes seguros del Intelligence. Les

dirá que a las ocho y treinta en punto un hombre cubierto el rostro con un pañuelo les disparará con silenciador, y empleando cartuchos sin plomo. Imitarán lo mejor que sepan el ser heridos, y que esté pronta una ambulancia para llevárselos de su servicio.

Iba Partridge tomando nota taquigráfica.

—Esta «mise-en-scene» obedece a que sería muy posible que rondasen espías de Elmer Li-Kai por los alrededores. Avise inmediatamente que yo me marche a Pierre Grevin, el escultor. Visite en compañía del escultor a las dos raquetistas antes mencionadas, y convénzalas de que para que cesen los crímenes del frontón necesitan desaparecer entre ocho y treinta y medianoche de sus alojamientos. Tráigalas aquí con el mayor sigilo. Pierre Grevin reproducirá exactamente y con la mayor apariencia humana, en cera, las personas de ambas raquetistas. Necesito esos dos maniquís a las ocho y cuarenta y cinco en un camión junto al inicio de la carretera de Suchow. Después, a partir de las once de la noche que su servicio de comunicación telegráfica de campaña, vaya tomando nota del paso de dos coches, uno de los cuales, el que irá detrás, será un «Buick» oscuro. Este «Buick» lo guiará el capitán Maloney. Nada más, Partridge. Si acaso yo no saliera del lugar adonde voy y que ignoro, tres horas después de haber entrado en él, que estén ya dispuestas varias secciones de fusileros para entrar… y que me entierren con los pies mirando hacia el lejano Oeste… hacia Inglaterra.

—Buena suerte, mi comandante. Hago fervientes votos para que todo salga lo mejor posible y no sufra ningún contratiempo. Lo lamentaría enormemente, le doy mi palabra, señor.

—No se ponga sentimental, Partridge. Bien, de todos modos, le agradezco sus buenos deseos personales. ¡Ah! ¿Qué recompensa ofrecieron para la captura de los criminales del frontón y los asesinos de los policías?

—Ofrecimos cinco mil dolares, mi comandante.

—Me acompaña *mister* Maloney. Si muere será por una buena causa. Si sobrevive, coloquen cinco mil dolares a nombre suyo en el Banco, y que en el puerto, antes que zarpe hacia la isla de Pettigrew, le entreguen por correo una carta firmada «Las alegres y agradables muchachas españolas» en que le digan que en recolecta le han reunido esta cantidad. Nada más. Adiós, o hasta la vista, capitán Partridge.

***

Ross Maloney empezaba a mirar con demasiada frecuencia su reloj. Por fin, cuando un camión conducido inexplicablemente por un individuo de *smoking* vino a detenerse junto al cobertizo 34 de la carretera de Suchow, Ross Maloney cesó de estudiar la esfera de su reloj.

Saltó al suelo Tresham, e hizo señal de que Maloney, sentado al volante del «Buick», lo aproximara.

Obedeció Maloney, y cuando vió al inglés sentar en los asientos

posteriores dos cuerpos femeninos amordazados y atados, que acababa de extraer del camión, el americano crispó los puños alrededor del volante hasta que sus nudillos resaltaron blanquecinos.

Malcolm Tresham se sentó entre las dos mujeres atadas colocadas una a cada lado de las ventanillas, cuyas cortinas bajó.

—Cuando quiera, *mister* Maloney. Arranque hacia la carretera noroeste, donde espera *mister* Elmer Li-Kai.

—¡Narices! Inmediatamente quíteles las amarras a estas señoritas y los bozales también. ¿No le dije, maldito sea, que no admitiría que pusiera en peligro a…?

Quedóse boquiabierto Maloney, en el colmo del furor.

El inglés depositaba sendos besos en los cuellos de las dos mujeres. Chasqueó la lengua Tresham con vulgaridad de hombre satisfecho.

—¡Le voy a zurrar, maldito sea! ¡Baje ahora mismo! ¡Besar a dos infelices que no pueden defenderse! ¡Venga! ¡Baje!

—Calma, mi joven amigo. Le consiento que las bese, para que no me reproche un monopolio que no pretendo. Son bonitas, ¿eh? ¡Son maniquíes de cera, búfalo impetuoso! Y ahora, compruébelo… Y después arranque, que Li-Kai aguarda.

Ross Maloney, ladeado en el asiento avanzó una mano vacilante.

Musitó:

—Perdón si… me engaña este maldito inglés.

Notó bajo su mano el contacto inequívoco de la cera…

Y Ross Maloney rió con estentóreas carcajadas, a la vez que, volviendo la espalda, pisaba el acelerador.

—¡Es usted un tipo listo, Tresham! Parecen de carne y hueso… Magnífico.

El bigotudo de las gafas se lo tragará. El día que me digan que usted se ha muerto, preguntaré con qué finalidad lo ha hecho usted…

El «Buick» iba devorando kilómetros en la noche.



Por fin un camión vino a detenerse junto al cobertizo…

—Oiga, Maloney. Cuando lleguemos al lugar donde aguarda Li-Kai, puede irse si quiere.

—Yo voy y vengo donde y cuando me da la gana, ¿me oye?

—Tenga presente que entraremos en algún lugar del que no será nada

fácil salir sin rasguños serios. También es posible que por el camino nos intenten liquidar.

Pegó Maloney un taconazo con el pie izquierdo en el suelo.

—Aquí debajo hay dos fusiles ametralladores y una caja de lacrimógenas. Entre la piel y el pantalón llevo dos *Colt*. El que quiera venir a por las «herramientas» tendrá que presentarme cuando menos un cañón alemán de largo alcance.

—Es usted un niño admirable, Maloney. Se juega la vida como si estuviera leyendo las aventuras de otro.

—Hago lo que se me antoja. ¿Usted no?

—También. Disminuye la velocidad. Estamos ya acercándonos. Frene a treinta metros del coche aquel que está detenido junto a la cuneta.

Al parar el «Buick» saltó Tresham.

—Aguarde los acontecimientos, Maloney.

Dirigióse hacia el otro coche, donde divisó cuatro siluetas de chinos. Elmer Li-Kai apareció cortándole el paso.

—Ahí está el género, *mister* Li-Kai —saludó Tresham.

—Buenas noches, *mister* Tresham. Es pasmosa su puntería. Le vieron derribar a los diez policías con su silenciador. Hizo bien en cubrirse el rostro. ¿Protestan las gentiles señoritas blancas?

—Tienen el pico cerrado y cuerda alrededor del cuerpo. No pueden ni moverse.

Elmer Li-Kai acercóse al «Buick», saludando a Maloney, que se limitó a tocarse el borde de su gorra.

El chino abrió la portezuela posterior y contempló a los dos maniquíes de cera.

Maloney pasóse disimuladamente la lengua por los labios resecos, y su diestra desapareció entre su pantalón y su camisa.

—Excelente labor, *mister* Tresham. Estas señoritas no molestarán, y sobrará con la vigilancia del capitán Maloney. ¿Tiene inconveniente en subir a mi coche, *mister* Tresham?

—Ningún inconveniente. Casi lo prefiero, porque mi amigo conduce muy mal.

—Usted síganos a esta misma distancia —dijo Li-Kai antes de alejarse con el inglés.

Malcolm Tresham denegó con la cabeza cuando Li-Kai le señaló el asiento delantero, en el que ya estaban dos chinos.

Era un automóvil de sólida estructura y marca alemana.

—Soy inglés, Li-Kai. En los coches en que yo subo voy detrás y con el principal. Usted es el intelectual de esta reunión, porque esos tipos tienen rostro de asesino. Consiento en sentarme detrás con usted y el otro par de sujetos. Ellos son de casta inferior a la nuestra, y por tanto se sentarán en los «strapontines». Nosotros dos atrás, como pertenece a seres de nuestra categoría.

Li-Kai inclinóse mudamente, y los seis ocupantes del coche quedaron en la posición que Malcolm Tresham había indicado.

El chino que se sentaba al volante, obedeciendo a la rápida instrucción de Li-Kai, dió marcha, y el coche arrancó velozmente.

Volvióse Li-Kai para comprobar que el «Buick» les seguía.

—Bien, *mister* Tresham. Puede dormir si quiere, porque yo lo voy a hacer. Es un viaje largo, de cinco horas… Llegaremos hacia las cuatro de la madrugada.

—No tengo sueño. El olor a carne amarilla no me permite dormir. Soy un caballero distinguido y muy sensible.

La frase de Malcolm Tresham produjo, tras las gafas del licenciado en ciencias exactas, un destello de odio. Pero aun era pronto…

Elmer Li-Kai arrellanóse y cerró los ojos.

CAPÍTULO VIII

LA MORADA DE HANG-PING

A las tres y media de la madrugada Ross Maloney estaba harto de ver desfilar montañas, lagos, arroyuelos y arrozales.

Pero Malcolm Tresham se había entretenido mucho con la conversación de Li-Kai, que, después de dormir dos horas, había empezado a disertar sobre temas filosóficos.

De vez en cuando, Tresham intercalaba alguna observación irritante, con la sola finalidad de ver cómo el chino iba perdiendo poco a poco su afectada impasibilidad.

—Este es otro error de los blancos, Malcolm Tresham —dijo Li-Kai, que a medida que la hora iba avanzando sentíase menos cortés y más agresivo—. No sentimos odio hacia los europeos, sino desprecio. Algún día los sojuzgaremos, porque somos infinitamente superiores y nuestra civilización tiene sedimentos de mayor solidez.

—El mundo ya no acepta el imperio, de los más civilizados, sino de los más activos. Y todos los amarillos llevan el lastre de muchos años de vagancia contemplándose el ombligo al modo de Buda.

—Hable con más respeto de quien, al mencionar su nombre, debería hacerlo de rodillas.

—Cada uno se arrodilla ante el capricho que se le apetezca, Li-Kai.

—Ya se arrodillará usted pronto… ante Hang-Ping.

—¿Quién es ese ídolo?

—No es una estatua sagrada. Es un mandarín. ¿No quería saber quién era mi dueño corpóreo en la tierra? Es Hang-Ping, el Muy Honorable.

—El Muy Honorable Bandido será, ¿no? Un sujeto de mi temple.

—Hang-Ping es un mandarín que no ha salido de su palacio, hacia donde ahora nos dirigimos, desde que el blanco invasor osó pisar el suelo asiático.

—Entonces, como usted, Hang-Ping tendrá muy poca simpatía hacia mis semejantes.

—¡Los odia con tanto fervor como yo!… —murmuró el chino, estremeciéndose con salvaje frenesí, perdida ya por completo su impasibilidad —. Ahora puede usted saber dónde vamos y cuál es la finalidad de los raptos incomprensibles.

Malcolm Tresham señaló un palacete amurallado, de puntiagudos techos, que se erigía en la cima de una colina, hacia la que ascendía serpenteando el estrecho sendero.

—¿Vive allí ese Hang-Ping?

—¡Habla de él con más respeto, inglés! —vociferó Li-Kai—. Eres indigno tan siquiera de descalzarle la sandalia. Hang-Ping es un hombre de honda sabiduría. Era feliz en su retiro hasta que «Lágrima de luna» enfermó de una extraña dolencia que la adelgazó, mustiándola como flor empalidecida por el quemante hálito del desierto. «Lágrima de luna» manchó sus labios con sangre que brotaba de su pecho. «Lágrima de luna» se moría…

—Tuberculosa —dijo Tresham fríamente.

—¡No! Eso dijo también un médico blanco que traje al palacete, y Hang-Ping, sabiamente, lo mandó torturar y exponer sus restos en lo alto de los muros para ser pasto de los buitres.

—Eso no impidió que «Lágrima de luna» siguiera minándose bajo la garra de la peste blanca. ¿Quién es ella?

—Es la favorita que merece el mayor aprecio por parte del Muy Honorable Hang-Ping.

—Ya. Una de sus concubinas.

—Es bella como un rayo plateado… Pero se moría. Y Hang-Ping consultó a los viejos anacoretas de la llanura. Halló uno que estaba en poder del único remedio para salvar a «Lágrima de luna».

—El único medio es sobrealimentación, reposo, aire frío y clima de altura, si el mal no está muy avanzado.

—Eso dijo también el estúpido médico blanco. Pero el anacoreta de la llanura poseía toda la ciencia milenaria oriental. «Lágrima de luna» se curaría si por espacio de seis noches, cuando en el cielo se levantase la luna nimbada de rojo, como esta noche, fueran apresadas sucesivamente cinco y dos mujeres blancas, jóvenes, fuertes y hermosas.

—Voy comprendiendo. Las muchachas españolas que juegan al deporte vasco suelen ser fuertes. Elegisteis las más jóvenes y agraciadas, porque en el puerto hay también blancas, pero suelen pasar de la primera juventud, y la elección habría sido dificultosa.

—Por eso yo pensé en el «Jai-Alai». Fué idea mía —dijo orgullosamente Li-Kai.

—Bien. ¿Y qué había que hacer con ellas?

—Las dos que tú has aprisionado irán a reunirse con las otras en la sala occidental, donde reposa «Lágrima de luna». Ésta las ve, y, sabiendo que la han de curar, las mira amorosamente. Están atadas con los brazos en cruz en maderos verticales, y sus tobillos aprisionados por argollas.

—Una medicina que no debe agitarse al ser servida, ¿no es así?

Li-Kai rió con mueca sádica de regocijo.

—Yo mismo, cuando mañana reaparezca la luna nimbada de rojo, empezaré la curación de «Lágrima de luna».

—¿Que consiste…?

—Cada noche abrir las venas de una de ellas. «Lágrima de luna» beberá la generosa sangre caliente y curará.

—Esa es una superstición de zíngaros y medieval. Tan medieval e inútil como las murallas de este palacete.

El coche acababa de detenerse ante el alto muro en la explanada que daba frente a un puente que, surcando un foso, conducía a una puerta levantada como las antiguas entradas a los castillos de la Edad Media.

Descendió la puerta hasta ponerse al nivel del puente. El coche guiado por el chino penetró en el interior, y Li-Kai, asomando la cabeza por la ventanilla, gritó en su idioma vernáculo:

—¡Paso al otro vehículo!

Se detuvo de nuevo el automóvil cuando ya el «Buick» frenaba a su lado. Bajaron los chinos, que fueron a incorporarse a un grupo de medio centenar de individuos armados de lanzas, escudos y sables, vestidos a la usanza antigua de los guerreros chinos.

Li-Kai descendió seguido por Malcolm Tresham.

—Id los dos a ocupar el centro de la comitiva —y Li-Kai señaló a los guerreros—. Es la escolta que os conducirá ante la presencia del Muy Honorable Hang-Ping.

Apoyóse Malcolm Tresham en la ventanilla al otro lado de la ocupada por Ross Maloney.

—¿Qué opina, búfalo?

—¡Obedeced! —gritó Li-Kai, imperioso—. ¡Estáis presos y ante la guarnición del palacio del mandarín!

—Huelo a mandarinas de las que hacen llorar —dijo Maloney, guiñando un ojo hacia el impasible inglés.

—No queremos escolta para hablar con Hang-Ping —aclaró Malcolm Tresham.

Y con una inesperada agilidad abatióse sobre Li-Kai enlazándolo de forma que el especial secretario de Hang-Ping quedó cubriéndole con el cuerpo abrazado por el brazo izquierdo del inglés.

Malcolm Tresham, empuñando en la diestra su pistola automática, dijo suavemente:

—Recuerdo al que me protegió en el tranvía español. ¡Diles a tus becerros que si avanzan te…!

Pero los guerreros, como una visión de aquelarre antiguo, aullaron agudamente, alzando sus lanzas y disponiéndose a atacar.

Ross Maloney colgó de su cuello las dos correas que soportaban la caja blindada conteniendo las bombas lacrimógenas.

Pareció un sembrador que al voleo reparte semillas. Una tras otra, sendas explosiones fueron levantando nubes blancas en el ancho patio de piedras milenarias.

Con las dos manos, en activos y veloces giros, Maloney iba repartiendo el contenido de la caja.

Malcolm Tresham disparó al aire para aumentar la confusión creada entre los componentes de la guarnición del palacete del mandarín Hang-Ping.

Las toses resonaban secas y fatigosas. Los guerreros, ante aquella lluvia inexplicable de humo acre, que brotaba del suelo y les envolvía, se iban arqueando y soltando las armas, para llevarse las manos a las gargantas martirizadas…

Li-Kai empezó a toser estremeciéndose, sujeto por el brazo izquierdo de Tresham, que le mantenía inmovilizado por el cuello.

De pronto alzó Tresham la mano armada y propinó un recio culatazo en la nuca del chino, que resbalando cayó sin sentido.

El inglés abalanzóse al compartimiento del instrumental, bajo el volante, y extrajo los dos fusiles ametralladores, tendiendo uno a Ross Maloney, que lo cogió, apartándose de la zona gaseada.

Con los dos fusiles dirigidos hacia el compacto grupo envuelto en nubes blancas y pestilenciales, ambos estuvieron aguardando.

—Es excelente ese material. Ya se lo dije, Maloney. Y lo emplea usted con bastante práctica y mucha oportunidad. Dentro de unos instantes estos becerros estarán privados de sentido por un tiempo largo. Pero al disiparse el gas valdrá la pena atarlos. Me encargo yo. Le cedo los honores de visitar la mansión de Hang-Ping. Según Li-Kai, sólo quedan el mandarín, sus concubinas y las cinco raquetistas presas.

—Voy.

Alejóse Maloney a largos pasos hacia la escalera que conducía al interior. Iba encorvado, terciado ante el pecho el fusil ametrallador.

Había tirado la caja ya vacía, y mientras subía las escaleras miraba a su alrededor, a sus espaldas y frente a sí.

No le gustaba el imponente silencio que reinaba por doquier. Atravesó salas lujosamente tapizadas, con muebles que nunca había visto en parte alguna.

Desfilaba pegado a la pared acolchada de mullidas pieles de oso blanco, cuando de pronto parpadeó maravillado.

Hallábase ante una puerta que abríase dando vista a una sala inmensa. En aquella grandiosa sala, un gigantesco Buda de jade verde ostentaba su rostro pérfido y femenino, de redondos rasgos.

En su base había como un sitial diminuto ocupado por otro idolillo de

lacios bigotes y carnación humana.

Avanzó Maloney prudentemente por el gran enlosado brillante, y a medida que se iba acercando comprendió que lo que tomó al principio por un ídolo en su sitial era un chino de negros bigotes caídos y gorro hexagonal, con amplio kimono de dragón bordado en el pecho.

El misterioso chino guardaba una inmovilidad absoluta, tanto más amenazadora. Fijaba en Maloney una mirada intensamente cruel, desdeñosa y altiva.

—¡«Hey»! —advirtió Maloney acercándose más—. Si te mueves te convierto en una espumadera

Hang-Ping siguió en silencio, inmóvil, inverosímil, como un segundo ídolo de la vasta sala.

—¿Oíste, mascarón? A la que llames en tu auxilio a alguien, te clavo con plomos en tu trono.

No obtuvo respuesta, y cautelosamente rozó el pecho del inmóvil Hang-Ping con el cañón de su fusil ametrallador.

Habló en chino:

—Mi «escupe-fuegos» rociará tu carne con hierro que quema y mata, macaco, si llamas a alguien.

—Mis cincuenta guerreros te apresarán y Li-Kai te atormentará, blanco inmundo, por haber osado entrar en esta sala sin descalzarte.

—¡Vaya! Por lo visto este tipo se cree en el año novecientos —rezongó Maloney en inglés. Añadió en chino:

—Tu guarnición y Li-Kai están hechos arroz blanco.

Volvióse rápidamente con felino salto Maloney al oír unos pasos tras suyo.

Malcolm Tresham señaló al inmóvil mandarín.

—Trata usted poco respetuosamente a *mister* Hang-Ping, el muy honorable mandarín, *mister* Maloney. ¡Ah! China y Yanquilandia acaban de enfrentarse…

—¿Y los tipos de sables y lanzas? ¿Y Li-Kai?

—Esos malditos soldados ingleses están por todas partes. Apenas se fué usted irrumpieron dos secciones de fusileros. Dicen que estaban sobre la pista. Verá usted cómo luego se atribuyen todos los honores, y somos nosotros los que nos hemos jugado el bigote que no llevamos. Oiga, Maloney, no me conviene su compañía. Me estoy volviendo vulgarísimo.

En la sala cinco soldados se acercaron rodeando el trono de Hang-Ping.

—Vámonos, Maloney. Se acabó nuestro gozo. La autoridad ha tomado cartas en el asunto. Ellos administrarán justicia.

Ross Maloney tercióse ante el pecho en bandolera el fusil ametrallador, siguiendo al inglés.

Bajaban las escaleras cuando preguntó:

—¿Y si no nos dejan irnos sus compatriotas?

—Reconocen que, ya que abrimos las puertas y les dimos a los guerreros

inutilizados sin daño excesivo, nos hacen el honor de permitirnos marcharnos sin preguntas ni molestias.

En el patio, donde los soldados iban esposando a los guerreros chinos, Ross Maloney subió al volante del «Buick». Ocupó el asiento anexo Malcolm Tresham.

Un oficial se cuadró ante Ross Maloney, mirándole fijamente.

—Tendrá que explicar a las autoridades dónde se proporcionó las bombas lacrimógenas, capitán.

—Encontré una caja abandonada en el campo.

—¿Y esos dos fusiles ametralladores?

—Junto a la caja.

—Déme su nombre, capitán.

—Ross Maloney… ¡Cáscaras! ¡Cuánto ordenancismo!

—Se le llamará a su debido tiempo, capitán Maloney. Puede marcharse.

—Al menos creo que tengo derecho a saber algo. ¿Hallaron los cadáveres de las señoritas españolas?

—Las cinco están sanas y salvas, aunque, naturalmente, algo debilitadas, capitán Maloney.

Sonrió Maloney complacido, pero de pronto su sonrisa se borró porque no quería que en ella se viera la ironía.

—Oiga, oficial. ¿Por qué no interroga también a ese caballero que me acompaña?

El oficial saludó militarmente a Ross Maloney y volvió la espalda.

—¿No le da vergüenza? —musitó Maloney, interiormente admirado—. Sus paisanos ni le miran siquiera. Les da usted asco.

—¿Se lo doy a usted?

—A ratos sí… otros no. Bueno, ¡cáscaras! No nos pongamos sentimentales.

El «Buick», arrancando torpemente bajo el mando del inexperto conductor brutal, salió del palacete.

—Conduce usted el «Buick» como si fuera un tractor.

—Déjeme en paz con sus críticas, inglés. Oiga, ¿cómo es que las muchachas están vivas?

Volvióse de pronto. Los dos maniquíes seguían sentados e inmóviles.

—¿Por qué no tiró esas muñecas al suelo?

—Las pienso guardar en un museo particular.

—Usted tiene algún trozo de seso fundido. Bien, explíqueme todo ese misterio.

Malcolm Tresham se extendió en explicaciones y leyendas y costumbres chinas. Bostezó al cabo de una hora Maloney.

—Tengo sueño y estoy harto de conducir. Tome el volante y despiérteme cuando lleguemos a Shangai. Sea buen chico y déjeme en el varadero seco. Allí está mi velero.

Mientras conducía, Malcolm Tresham miraba de vez en cuando con

simpatía al adormilado americano que roncaba suavemente, pero poco a poco con aumento de intensidad.

Silbó el inglés los compases de «Es un jovial y buen compadre»…

Era ya media mañana cuando el «Buick» se detuvo ante el varadero donde un viejo velero estaba siendo reparado por los piratas del capitán Pantera.

Despertóse Maloney, desperezándose ampliamente, y bajó del coche.

—Bueno, Malcolm Tresham. *Abur*… Cuando vuelva a Shangai, quizá le visite, si es que sigue vivo.

—Para visitarme también usted necesitará estar vivo. ¿Cuándo zarpa?

—El lunes estará ese cacharro en forma. *Abur*.

—Ídem.

Rió Maloney, y por vez primera conoció la verdadera risa de Malcolm Tresham. Era una risotada ingenua, viril…

—Ría con más frecuencia, *mister* Tresham. Parecerá mucho menos cínico.

—No me interesa lo que pueda parecer. Adiós. Hasta el lunes.

—¿Por qué hasta el lunes?

—Me gusta mucho ver partir a la gente. ¿No recuerda el aeródromo?

Tardó Maloney en encentrar respuesta. Pero cuando iba a hablar ya el «Buick» se alejaba.

EPÍLOGO

Ross Maloney contemplaba desde el muelle la traza de su velero, que iba ya adoptando los perfiles de una nave pronta a ponerse a la vela.

Volvióse cuando un cartero se detuvo junto a él.

—¿Podría decirme, capitán, quién es el capitán Maloney?

—Yo.

—Ese certificado para usted.

—¿Para mí? Bueno, trae acá el libro.

Firmó, recogió el sobre y extrajo una carta.

> «En agradecimiento a su colaboración en la solución del misterio del «Jai-Alai», nos complacemos en remitirle el adjunto cheque, modesto obsequio en recolecta de
>
> *Las alegres raquetistas.*»

—¡Cáscaras! ¡Cinco mil dolares! —exclamó Maloney, satisfecho, leyendo la cifra del cheque.

De pronto rió, golpeándose el muslo.

—¡Seguro que es la primera vez que alguien gana dinero en un frontón!

Notas



ver: «La muerte viaja en yate»